


# ME ENAMORE DE UN ROBOT

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

# ME ENAMORÉ DE UN ROBOT

Título Original: *Me Enamoré De Un Robot*

Colección: La Conquista Del Espacio 556
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.64

# CAPÍTULO I

Bud Crockett, de veintiocho años de edad, alto, moreno, ojos marrones y sonrisa socarrona, entró en la antesala del despacho de Melvyn Egan, director del *Cosmos Express*.

El *Cosmos Express* era uno de los dos periódicos que se editaban en Marte. El otro se publicaba con el nombre de *La Gaceta del Universo*, y existía, como es fácil suponer, una gran rivalidad entre ellos.

*La Gaceta del Universo* se confeccionaba en Betta-III, una de las varias ciudades que, en el año 2055, se alzaban en suelo marciano, bajo enormes cúpulas de solido material transparente, las cuales protegían a sus habitantes de la baja temperatura de Marte y de la escasez de oxígeno de su atmósfera, muy tenue y compuesta en su mayor parte de dióxido de carbono.

El *Cosmos Express* se elaboraba en Betta-VII, ciudad ubicada a unos ochocientos kilómetros de Betta-III.

Bud Crockett, que vestía un traje azul oscuro, de una sola pieza, muy ajustado a su atlético cuerpo, se detuvo ante la mesa de Debra Jackson, la secretaria particular de Melvyn Egan, una pelirroja realmente sensacional.

—Buenos días, preciosa.

—Buenas tardes, Bud —respondió ella, con ironía.

—¿Tanto me he retrasado esta mañana…?

—Mira tu reloj y lo sabrás.

—Lo tengo estropeado.

—Qué casualidad.

—Es la verdad, Debra.

—Aunque lo sea, no creo que la excusa te sirva para aplacar la ira del jefe.

—¿Tan furioso está…?

—Hace un momento se comió un vaso de agua.

—Querrás decir que se lo bebió.

Debra Jackson movió su rojiza cabeza.

—No, Bud. He dicho que se lo comió, porque eso es exactamente lo que hizo: comérselo. Después de beberse el agua, claro.

Bud Crockett se estremeció.

—Sí que debe estar furioso, pues.

—Terriblemente furioso, Bud. Yo jamás lo había visto así, en los dos años que llevo trabajando a sus órdenes.

Crockett entrecerró un ojo.

—¿No estarás tratando de asustarme, Debra…?

—¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

—Eres una chica muy bromista, todos lo sabemos.

—Sí, es cierto —sonrió la pelirroja—. Pero en este momento hablo muy en serio, Bud. El jefe lleva más de dos horas tratando de ponerse en contacto contigo, sin ningún resultado, porque no estabas en casa.

—No, no estaba —carraspeó Crockett.

—¿Dónde has pasado la noche, Bud?

—En casa de un amigo.

—¿Te gustan ahora los hombres?

—Ese amigo tenía dos amigas.

—Ya decía yo.

—Bien, será mejor que me enfrente con el jefe. Los malos tragos hay que pasarlos cuanto antes —suspiró Crockett.

—Suerte, Bud.

Crockett apoyó las manos en la mesa y acercó su rostro al de la secretaria de Melvyn Egan.

—¿Por qué no me la deseas con un beso, Debra?

—¿No te dieron bastantes las amigas de tu amigo?

—Un beso tuyo vale por media docena de los de ellas.

—Adulador.

—Vamos, sé cariñosa conmigo y dame un besito. Hace tanto que no saboreo tus dulces labios…

—No tanto, Bud.

—A mí me parece un siglo.

—Palabras no te faltan, desde luego.

—Por eso soy periodista.

—Claro.

—Por favor, Debra… —insistió Bud, acercando aún más su boca a la de la pelirroja.

—Imagínate que el jefe sale de pronto y nos pilla dándonos el pico.

—Debe de estar comiéndose otro vaso de agua, no te preocupes.

La secretaria de Egan rio.

—Está bien, te daré el beso. Pero cortito, ¿eh?

—De un minuto de duración.

—¡Eso es demasiado!

—A mí me parecerán dos o tres segundos —sonrió

Bud Crockett, y pegó su boca a la de Debra Jackson, cálida y húmeda.

La pelirroja cerró los ojos y se dejó besar.

Y no sólo eso, sino que sus carnosos labios colaboraron en la caricia, sumamente agradable, porque Bud Crockett sabía besar a una mujer.

Transcurrió el minuto, pero sus bocas continuaron unidas.

Y seguramente hubieran permanecido así dos o tres minutos más, de no ser porque una voz dura y potente, que ambos conocían muy bien, tronó:

—¡Crockett!

Bud y Debra respingaron a dúo y se separaron con prontitud.

—¡Señor Egan! —exclamó la pelirroja.

—¡Jefe! —exclamó el periodista.

Melvyn Egan los desintegró a los dos con la mirada, desde el umbral de su despacho, el rostro congestionado de cólera.

El director del *Cosmos Express* era un tipo de mediana edad, más bien bajo de estatura, metido en carnes, cabeza redonda como una sandía y bastante desprovista de pelo, ojos saltones, nariz aplastada, labios muy gruesos, ahora furiosamente apretados.

Bud Crockett fue a decir algo, pero Egan rugió:

—¡No hables, Crockett! ¡No harías más que empeorar las cosas!

—Jefe, yo… —carraspeó Bud.

—¡Que te calles he dicho!

—Sí, jefe. Pero conste que…

—¡Silencio! —ladró Egan.

Bus ya no se atrevía a decir nada más.

Debra no había exagerado un ápice.

Melvyn Egan estaba más furioso que nunca.

Y, por si faltaba algo, los había sorprendido besándose…

El director del *Cosmos Express* miró a su secretaria particular y masculló:

—Luego hablaremos tú y yo, Debra.

—Sí, señor Egan —respondió la pelirroja, con un hilo de voz.

Bus tosió.

—Jefe, Debra no…

—¡Tú a callar, Crockett! —relinchó Egan, y mostró los dientes, como si fuera un caballo de verdad.

Bud se fijó en las palas dentales de su jefe, realmente equinas, y ya no le sorprendió tanto que se hubiera comido un vaso, después de beberse el agua.

Con una dentadura así, se podía masticar cualquier cosa.

Melvyn Egan se apartó del hueco de la puerta de su despacho y barbotó:

—¡Adentro, Crockett!

—Sí, jefe —respondió Bud, y entró rápidamente en el despacho del director.

Egan dirigió otra severa mirada a la asustada Debra, como recordándole que luego le ajustaría las cuentas, y cerró la puerta. Se volvió hacia Bud y gruñó:

—Siéntate, Crockett.

—Usted primero, jefe —sonrió el periodista.

—¡Yo me sentaré cuando me dé la gana! —bramó Egan.

—Muy bien, jefe —tosió Bud, y se sentó en uno de los dos sillones que el director tenía delante de su magnífica mesa.

Melvyn Egan fue hacia el otro lado de la mesa, pero no se sentó en su cómodo sillón, se quedó de pie, mirando duramente a Bud Crockett.

Este extrajo sus cigarrillos y se los tendió al enfurecido director.

—¿Le apetece un cigarrillo, jefe?

—¡Me apetece un cuerno!

—¿De caza, para hacerlo sonar?

—¡Para metértelo a ti por…!

Bud alzó rápidamente la mano.

—No es necesario que lo diga, jefe. Le he entendido perfectamente.

Egan soltó un bufido y se dejó caer en un sillón.

—¿Sabes qué hora es, Crockett?

—Ni idea, jefe. Tengo el reloj estropeado.

—¡Y la cara de níquel!

—¿Es que no me cree, jefe…?

—¿Qué has hecho, cargártelo antes de entrar en la redacción?

—No sea malpensado, jefe.

—¡Tratándose de ti hay que pensar siempre mal, Crockett!

—Jefe, no hay motivo para ponerse así. Si me he retrasado un poco, le ruego que me disculpe.

—¿Un poco…? ¡Más de dos horas, Crockett!

—¿Tanto…?

—¡Sí, maldita sea! ¡Y encima de que llegas con más de dos horas de retraso, te pones a besuquear a mi secretaria!

Bud carraspeó.

—De eso quería hablarle, jefe.

—¡No hace falta! —rugió Egan, dando una furiosa palmada sobre la mesa.

—Es necesario, jefe. Tengo que decirle que toda la culpa fue mía. Debra no quería que yo la besara.

—¡Pues si llega a querer…!

—Es la verdad, jefe. No quiero que riña a Debra. Si tiene que reñir a alguien, ríñame a mí.

—¡Ya te estoy riñendo!

—Lo acepto con humildad, jefe. ¿Un cigarrillo…? —Bud le tendió de nuevo la cajetilla.

—¡No!

—Pues yo, con su permiso, voy a encender uno. Estoy muy nervioso y fumar me calmará un poco.

—¡Cínico!

—¿Por qué me llama cínico, jefe…?

—¡Porque tú estás más tranquilo que una balsa de aceite! ¡Yo soy el que está nervioso!

—Entonces le conviene fumar, jefe. Acepte el cigarrillo.

Melvyn Egan soltó un gruñido, pero finalmente tomó el cigarrillo y se lo puso en los labios, que le temblaban de furia.

Bud Crockett accionó su encendedor y le acercó la llama.

—Verá como esto le calma, jefe.

—Lo dudo —mascculló Egan, encendiendo ya el cigarrillo.

Bud encendió el suyo y expulsó pausadamente el humo,

demostrando que sí, que él estaba mucho más tranquilo que el director del *Cosmos Express*.

Egan, más que fumar el cigarrillo, parecía morderlo.

Bud sonrió y preguntó:

—¿Por qué le urgía tanto hablar conmigo, jefe?

—Esta mañana, a primera hora, recibí una llamada del profesor Pantelic.

Bud respingó en el sillón.

—¿Se refiere a Zoran Pantelic, el famoso científico…?

Egan asintió con la cabeza.

—El mismo, Crockett.

—¿Y qué quería?

—Que le hagamos una entrevista.

Bud se limpió el oído derecho y lo acercó al director del periódico.

—¿Le importaría repetir eso, jefe…?

Egan sonrió por primera vez.

—Comprendo que te extrañe, Crockett. También a mí me extrañó mucho.

—¡El profesor Pantelic odia a los periodistas! ¡Los de *La Gaceta del Universo* y nosotros hemos intentado repetidas veces entrevistarle, y siempre hemos fracasado! —recordó Bud.

—Es cierto, Crockett.

—¿Qué le ha hecho cambiar de pronto?

—No lo sé.

—¿No será una broma de los de *La Gaceta del Universo*, jefe…? —se temió Bud.

—No, Crockett. El rostro que apareció en la pantalla del videófono, era el del profesor Pantelic.

—¿Está seguro, jefe…? ¡Pudo tratarse de un periodista de *La Gaceta del Universo*, perfectamente maquillado!

Melvyn Egan sacudió la cabeza.

—Era el profesor Pantelic, Crockett.

—No lo creeré hasta que hable con él y me lo confirme. Porque supongo que seré yo quien le haga la entrevista, ¿no, jefe?

—Sí, Crockett. Esa fue la única condición que puso el profesor Pantelic.

Bud parpadeó.

—¿Cómo dice, jefe?

—Lo has oído perfectamente, Crockett. El profesor Pantelic quiere que seas tú quien le entreviste.

Bud se miró las uñas de la mano izquierda, con presuntuoso gesto.

—Debe de saber que soy el mejor periodista que hay en Marte.

—Maldito vanidoso… —gruñó Egan.

Bud se echó a reír.

—Sólo estaba bromeando, jefe.

—¿Seguro…?

—Jefe, usted me conoce, y sabe que soy la modestia hecha persona. Claro que a lo mejor, después de esto, me lo creo un poco y le pido un aumento de sueldo.

—Denegado.

—¿Aunque le consiga la entrevista con el profesor Pantelic…?

—Aunque entrevistes al rey de los marcianos.

—Los marcianos no existen, jefe.

—Por eso.

Bud rio de nuevo.

—Es usted un maldito egoísta, jefe.

—Te pago un buen sueldo, Crockett. Y te aguanto cosas que ningún otro director te aguantaría.

—Porque en el fondo me aprecia.

—¡Ja!

—Vamos, sea sincero y confiéselo, jefe.

—Te diré una cosa, Crockett. No tengo ninguna hija, pero, si la tuviera, la estrangularía antes que permitir que se casara contigo. ¿Te da eso una idea de lo mucho que te aprecio…? —preguntó irónicamente el director del *Cosmos Express*.

Bud volvió a reír.

—Sé que no habla en serio, jefe. Por eso no se lo tomo en cuenta.

—¡Lárgate de una vez, maldita sea!

—A la orden, jefe —respondió Bud, poniéndose en pie y caminando hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió hacia Melvyn Egan y recordó —: Nada de reñir a Debra, ¿eh, jefe? Si lo hace, no será el *Cosmos Express* quien publique la entrevista con el profesor Pantelic, sino *La Gaceta del Universo*.

La cara de Egan empezó a ponerse roja.

—¿Me estás amenazando con pasarte al enemigo…?

—Veo que lo ha entendido, jefe —sonrió Bud, y salió del despacho

del director del periódico, antes de que éste pudiera decir nada más.

# CAPÍTULO II

Debra Jackson seguía terriblemente nerviosa por las consecuencias que su beso con Bud Crockett podía traerle.

—¡Te dije que el jefe nos podía pillar, Bud! —recordó, apenas ver salir al periodista del despacho de Melvyn Egan.

—Tranquila, preciosa. No ha pasado nada.

—¡Pero pasará! ¡El jefe me echará la bronca!

Crockett, con una ancha sonrisa en los labios, se acercó a la secretaria de Egan y la tomó por los hombros.

—El jefe no te dirá ni pío, Debra.

—¡Me dirá mucho más que pío!

—Yo se lo he prohibido.

—¿Que tú qué…? —pestañeó la pelirroja.

—Me he convertido en un periodista importante, ¿no lo sabías?

—No, no tenía ni idea.

—El profesor Pantelic, el célebre científico, quiere que le hagamos una entrevista. Y quiere que se la haga yo, Debra. Si es otro periodista el que aparece por su casa, no habrá entrevista. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, preciosa?

La secretaria de Egan pestañeó de nuevo.

—Me dejas perpleja, Bud.

—De lo cual voy a aprovecharme yo para darte otro beso —sonrió el periodista.

Y se lo dio.

Debra, anonadada por las palabras de Bud, no puso objeciones.

Bud explicó:

—Le dije al jefe que lo del beso había sido culpa mía, que tú no querías que te besara, y luego le pedí que no te riñera. Y, para

asegurarme de que me haría caso, le amenacé con pasarme al enemigo una vez obtenida la entrevista con el profesor Pantelic.

—¿Con trabajar para *La Gaceta del Universo*…?

—Exacto —asintió Crockett.

—¡Tú nunca harías eso, Bud!

El periodista rio.

—Naturalmente que no, Debra. Pero el jefe no lo sabe, y ante el temor de perderme…

La pelirroja sonrió.

—Eres un viejo zorro, Bud.

—No podía dejar que el jefe te riñera, Debra.

—Te lo agradezco mucho.

—Agradécemelo con hechos, no con palabras.

—Tú siempre sacando partido de todo.

—Mi madre me hizo así, y no puedo cambiar —repuso Crockett, y unió su boca a la de la secretaria de Egan.

La de ella se mostró muy activa.

La de Bud también, claro.

El beso, por tanto, fue largo y apasionado.

Cuando separaron sus labios, Bud acarició el rostro de la secretaria de Egan y dijo:

—Una noche de éstas tenemos que dormir juntos, Debra.

—Sabes que tengo novio, Bud.

—¿Y crees que a él le importará?

—¿A ti qué te parece?

—Que sí —suspiró Crockett.

—Bastante hago permitiendo que me beses de vez en cuando y me des algunos apretones. No me pidas más, Bud. Podría caer en la tentación y me pondrías en un compromiso.

—Me gustaría tanto hacer el amor contigo…

—A mí también, Bud. Pero será mejor olvidarlo. No quiero ni debo serle infiel a mi novio.

—Tienes razón, Debra. Pero, si riñes con él, házmelo saber en seguida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió la pelirroja.

Bud le dio otro beso, esta vez acompañado de un suave apretón en el seno izquierdo, y luego se marchó, en busca de la entrevista más importante de toda su carrera periodística.

* * *

El profesor Pantelic vivía en Betta-XII.

Bud Crockett realizó el viaje en poco más de hora y media, utilizando su vehículo volador, un moderno, cómodo y veloz aparato de forma esférica, con patas que se plegaban y desplegaban accionando una simple palanca.

Era el tipo de vehículo espacial que más se utilizaba en Marte para desplazarse de una ciudad a otra, por su fácil manejo y porque se podía adquirir a un precio razonable.

El aparato disponía de una cabina estanca, por lo que uno se podía mover en su interior sin necesidad de escafandra ni de traje espacial.

Bud Crockett posó su vehículo volador en el aeropuerto de Betta-XII, sobre una de las plataformas mecánicas. La plataforma se hundió lentamente, trasladando el aparato a una gran cabina estanca, en donde quedó encerrado.

La presión y la temperatura de la cabina fue regulada por los empleados del aeropuerto, y el periodista pudo salir de su vehículo espacial tal como iba, sin indumentaria especial.

Bud Crockett abandonó el aeropuerto y se dirigió a la casa del profesor Pantelic con paso raudo.

Quería hallarse cuanto antes en presencia del eminente científico.

Asegurarse de que todo era cierto.

Que no se trataba de ninguna broma.

De un sueño.

Bud alcanzó la casa del profesor Pantelic en sólo unos minutos.

Era una casa grande y hermosa, rodeada de césped y flores.

Las ciudades de Marte, bajo las gigantescas y herméticas cúpulas transparentes, no se diferenciaban en nada de las ciudades de la Tierra.

Bud pulsó el timbre.

La última vez que estuvo en aquella casa, le abrió le mujer que se ocupaba de ella y del profesor Pantelic una cuarentona alta y flaca, con cara de sargento.

No podía ser más antipática ni más desagradable.

Ni siquiera le permitió ver al profesor Pantelic.

Le dijo que el profesor no recibía a ningún periodista y luego le dio con la puerta en las narices.

Bud esperaba vengarse ahora.

Si era cierto que el profesor Pantelic deseaba que le entrevistara, la agria y fea cuarentona se iba a tragar más de una indirecta.

Y hasta puede que alguna directa.

Bud tuvo que esperar casi un par de minutos.

Después, la puerta se abrió.

Al periodista se le abrió otra cosa.

La boca.

Y no era para menos.

Ante sus ojos no estaba la huraña y desagradable cuarentona que cuidaba de la casa y del profesor Pantelic, sino una bellísima muchacha de apenas veintidós o veintitrés años de edad, cabello largo y dorado como el oro, ojos suavemente azules, grandes y luminosos, nariz pequeña y graciosa, boca preciosa.

También su cuerpo era una maravilla.

Bud pudo comprobarlo porque la muchacha lucía una ligera y sucinta túnica rosada, que le permitía exhibir sus esculturales piernas, de muslos largo y torneados, sus hermosos hombros, redondos y suaves, y buena parte de sus senos, altos y agresivos, cuyos pezones quedaban perfectamente marcados bajo el fino tejido.

El periodista del *Cosmos Express* no tenía ni idea de quién podía ser aquella maravillosa muchacha dorada, pero, fuera quien fuera, él ya estaba enamorado de ella.

El chasco que se iba a llevar cuando supiera que…

# CAPÍTULO III

—¿Bud Crockett…? —preguntó la bella joven, con una voz que sonaba a coro de violines y una sonrisa realmente cautivadora, que le permitió mostrar sus pequeños y blancos dientes, tan preciosos como todo lo demás.

—El mismo —asintió el periodista, que seguía con cara de tonto.

—Pase usted, señor Crockett. El profesor Pantelic le está esperando.

—Gracias.

Bud entró en la casa y la hermosa muchacha cerró la puerta.

—¿Tiene la bondad de seguirme, señor Crockett…? —rogó la joven.

—Espere un momento, por favor —pidió Bud, cogiéndola del brazo.

—¿Desea alguna cosa, señor Crockett?

—Saber su nombre.

—Me llamo Christine.

—Christine… —repitió quedamente Bud.

—Sí.

—Me gusta.

—Gracias.

—Todo lo suyo me gusta, Christine.

—Es usted muy amable, señor Crockett.

—¿Dónde está el sargento?

—¿Quién? —parpadeó la muchacha.

—La mujer que me abrió, la última vez que vine.

—Sin duda se refiere usted a Petronila.

—Un nombre muy apropiado con su cara.

—Está en la cocina.

—En el Ejército, debería estar —rezongó Bud.

—¿Cómo dice?

—Nada, olvídelo.

La muchacha volvió a sonreír cautivadoramente.

—¿Le llevo con el profesor Pantelic, señor Crockett…?

—Todavía no, Christine.

—¿Quiere saber alguna cosa más?

—Sí.

—Pregunte, señor Crockett. Le responderé con mucho gusto.

—¿Quién es usted, Christine?

—Soy hija del profesor Pantelic.

Bud respingó ligeramente.

—¿Hija del profesor…?

—Sí.

—Ignoraba que el profesor Pantelic estuviese casado.

—No lo está, señor Crockett.

—¿No…?

—Soy su hija porque él me ha creado, no porque haya sido fruto de ningún matrimonio.

Bud parpadeó.

—No la entiendo, Christine.

—Se lo diré más claro, señor Crockett: soy un robot.

* * *

Bud Crockett se quedó de muestra. ¡Un robot!

¡Christine decía que era un robot!

Los asombrados ojos del periodista del *Cosmos Express* volvieron a mirar a la hermosa muchacha de pies a cabeza.

No, no podía ser.

Christine no estaba bien de la cabeza.

¿O acaso pretendía embromarle…?

Bud Crockett se inclinó por esto último.

Se echó a reír y dijo:

—Ha tenido mucha gracia, Christine.

—¿El qué, señor Crockett? —preguntó la muchacha.

—Eso de que eres un robot —Bud se atrevió a tutearla, después de lo que él suponía una simpática broma de la joven.

—¿De veras lo encuentra gracioso?

—Oh, sí, mucho —Bud siguió riéndose a gusto.

—¿No me cree usted, señor Crockett?

—¿Insistes en que eres un robot, Christine…?

—Naturalmente.

—Oh, vamos, Christine. No me molesta que trates de tomarme el pelo, pero…

—¿Quién trata de tomarle el pelo, señor Crockett?

—Tú, preciosa.

—Le aseguro que no, señor Crockett. Parezco, pienso, me muevo y actúo como un ser humano, pero soy un robot. Un robot perfecto, eso sí, porque el profesor Pantelic es el más grande de todos los científicos, y por fin ha logrado lo que desde hace años venía persiguiendo: construir un robot que no se diferenciase en nada de un ser humano.

Bud empezó a dudar.

No es que admitiese la posibilidad de que Christine fuese realmente un robot creado por el profesor Pantelic, porque eso le seguía pareciendo imposible.

Lo que el periodista dudaba era si Christine quería tomarle el pelo o si su razón estaba perturbada, que fue lo que él pensó en un principio.

En cualquiera de los casos, lo mejor era hablar con el profesor Pantelic. El, científico se lo aclararía todo.

—Llévame con tu padre, Christine —rogó.

—Sígame, por favor —indicó la muchacha, con una encantadora sonrisa, y echó a andar.

Bud fue tras ella.

Sus ojos se clavaron en el trasero femenino, prieto y esbelto.

En las sensuales caderas.

En las hermosas piernas…

¡Y un cuerno era Christine un robot!

¡Era una mujer de carne y hueso!

Bud, instintivamente, alargó la mano y tanteó las firmes nalgas femeninas, percibiendo su tibieza a través de la delgada túnica.

Christine se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué hace, señor Crockett?

—Sentía curiosidad por tactar el trasero de un robot —respondió socarronamente el periodista, sin retirar su mano de la tentadora grupa de la muchacha.

—¿Y encuentra alguna diferencia?

—No, ninguna.

—Ya se lo decía yo —sonrió Christine, y movió nuevamente las piernas.

Bud movió también las suyas, aunque ya no volvió a poner su mano en el redondeado trasero femenino.

De haber estado seguro de que Christine le estaba gastando una broma, hubiera seguido tanteándole cosas, pero como cabía la posibilidad de que la muchacha no estuviera muy bien de la cabeza, prefirió no hacerlo.

Estaba feo aprovecharse de una perturbada mental.

Christine llevó a Bud hasta el laboratorio del profesor Pantelic.

Un laboratorio amplio, perfectamente montado.

El profesor Pantelic se hallaba al fondo de él, realizando un experimento con unas probetas que contenían extrañas sustancias. Al ver entrar a Christine y a Bud, se volvió de las probetas y caminó hacia ellos, con una ancha sonrisa en los labios.

Zoran Pantelic contaba cincuenta y cinco años de edad, y era un hombre de baja estatura, delgado, cabello gris, abundante y revuelto, ojos pequeños, muy vivos, nariz aguileña. Se cubría con una bata de científico, en la que se apreciaban manchas de todos los colores.

—El señor Crockett, papá —dijo Christine.

El profesor Pantelic tendió su mano al periodista.

—Es un placer saludarle, señor Crockett.

—El placer es mío, profesor —respondió Bud, estrechando la diestra del científico.

—Supongo que le extrañaría a usted mi llamada a la redacción de su periódico, ¿verdad?

—Mucho, profesor. Pero aún me extrañó más que pidiera usted que fuera yo quien le hiciera la entrevista. ¿Podría explicarme por qué?

Zoran Pantelic rio.

—Vayamos por partes, señor Crockett. El motivo por el cual no he concedido una sola entrevista a los periodistas en mucho tiempo, es que me hallaba totalmente absorto en un experimento que sin lugar a dudas es el más importante de cuantos he realizado en mi vida. No quería desperdiciar un solo minuto. Todo mi tiempo lo dedicaba al fantástico experimento, que por fin ha concluido. Y con éxito, puedo decirlo con orgullo. De él, de mi experimento y de sus increíbles resultados, quiero dar noticia. Por eso solicité una entrevista con un periodista. En cuanto a que por qué le elegí a usted…

El profesor Pantelic hizo una breve pausa, deliberadamente, y prosiguió:

—Le elegí a usted, señor Crockett, porque he leído algunas de las entrevistas realizadas por usted para su periódico y me encanta su estilo. Es, en mi opinión, el mejor periodista del *Cosmos Express*. Y supera también a todos los periodistas de *La Gaceta del Universo*.

Bud se sintió profundamente halagado.

—Me abruma usted con sus elogios, profesor Pantelic, sin duda inmerecidos.

—De inmerecidos, nada.

—Muchas gracias, profesor.

—Bien, vayamos directamente al asunto, señor Crockett, que es, lógicamente, mi experimento y sus sensacionales resultados. Observe a Christine con atención.

Bud observó a la preciosa muchacha, temiendo oír decir al profesor Pantelic: «Es un robot.»

Y el científico lo dijo:

—Es un robot.

# CAPÍTULO IV

Pese a que ya lo esperaba, Bud Crockett pareció recibir un mazazo en toda la cabeza.

Y era lógico.

Que Christine afirmase que ella era un robot, podía tomarse a broma o pensar que la joven estaba mal de la azotea, pero que lo dijese Zoran Pantelic, un científico de tanto prestigio…

Bud no podía pensar que el profesor Pantelic estuviese bromeando, porque su tiempo era muy valioso y no iba a perderlo tan tontamente.

Tampoco podía pensar que el científico se hubiese vuelto loco.

Su mirada era de la más cuerda.

Su voz, reposada y tranquila.

La expresión de su rostro, absolutamente serena y natural.

No.

El profesor Pantelic no se había vuelto loco.

Y, si tampoco bromeaba, habría que ir pensando que decía la verdad.

Pero era una verdad tan difícil de admitir…

Bud volvió a fijarse atentamente en Christine.

Ella le sonreía.

También el profesor Pantelic sonreía.

Bud cerró un instante los ojos y se pellizcó el dorso de la mano izquierda. Con fuerza. Hasta hacerse daño.

Si estaba dormido y todo aquello era un sueño, una fantástica pesadilla, el dolor le despertaría y se encontraría en su cama.

O en la cama de su amigo, ése que le invitó a pasar la noche en su casa, porque disponía de un par de chicas estupendas y él no quería acostarse solo con las dos.

Pero no.

Cuando Bud abrió los ojos de nuevo, volvió a encontrarse en el laboratorio del profesor Pantelic, ante éste y Christine, la muchacha-robot, que llamaba papá al científico, porque era su creador, el hombre que le había dado vida.

Aunque, ¿qué clase de vida…?

Esto era lo que se preguntaba el periodista del *Cosmos Express*, mientras observaba fijamente a Christine, la hermosa joven de la que se había enamorado como un idiota apenas verla, y que ahora resultaba que no era más que un robot, una máquina con apariencia humana, todo lo perfecta que se quisiera, pero una máquina al fin y al cabo.

Christine dijo:

—El señor Crockett no se cree que yo sea un robot, papá.

El científico respingó:

—¿Se lo habías dicho, hija…?

—Sí, papá. El señor Crockett me preguntó quién era y tuve que explicárselo. Pero ya te he dicho que no me creyó. Pensó que pretendía tomarle el pelo. Y seguramente piensa lo mismo de ti.

Zoran Pantelic clavó sus ojillos en el rostro del periodista.

—¿De veras piensa que trato de tomarle el pelo, señor Crockett…?

Bud fue a responder que no, pero no le salió la voz.

Sólo movió los labios.

Se hallaba tan enamorado que no podía hablar.

El profesor Pantelic, visiblemente molesto, indicó:

—Despójate de la túnica, Christine. Le demostraré al señor Crockett que eres un robot.

—Sí, papá —sonrió la muchacha, y se llevó las manos al hombro derecho, que era donde estaba el cierre de la rosada túnica.

Christine lo accionó y la túnica resbaló por su cuerpo, cayendo a sus pies. Bajo ella sólo llevaba un diminuto pantaloncito brillante, que escasamente cubría su sexo y el vello de su pubis.

Bud Crockett observó el hermoso torso desnudo de Christine, sus maravillosos senos, descaradamente erguidos… Nada hacía suponer que se tratase de un robot, en vez de una mujer de verdad.

El profesor Pantelic cogió la mano izquierda de la muchacha e hizo girar su dedo corazón en ambos sentidos.

Al instante, el pecho desnudo de Christine se abrió como se abre la puerta de una caja fuerte y dejó ver su interior, en donde se hallaba

alojada la complicada maquinaria de la cual dependía todo su cuerpo, aparentemente humano, pero que no lo era en absoluto.

El periodista del *Cosmos Express* se tambaleó, a causa de la impresión, y hasta sintió deseos de gritar, logrando reprimirse a duras penas.

La visión era verdaderamente horrible.

Piezas metálicas, cables, circuitos, conexiones…

Esas eran las entrañas de Christine.

Bud Crockett cerró los ojos, incapaz de contemplar aquello por más tiempo. Se llevó la mano a la frente, perlada ahora de finas gotas de sudor.

Un sudor frío, helado, que parecía brotar de lo más profundo de su cabeza.

El profesor Pantelic esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¿Se ha convencido ya, señor Crockett?

El periodista asintió levemente con la cabeza, sin despegar los párpados, porque seguía horrorizado, pálido, frío.

Zoran Pantelic accionó de nuevo el dedo corazón de la mano izquierda de Christine, haciéndolo girar hacia un lado y otro, y el pecho de la muchacha-robot se cerró lenta y silenciosamente.

Bud Crockett abrió los ojos justo en el instante en que el torso desnudo de Christine se cerraba del todo. Quedó una finísima grieta en la piel, pero el profesor Pantelic pasó suavemente sus dedos por ella y la grieta desapareció totalmente.

El asombro del periodista no tenía límites.

Cada vez era mayor.

—Ponte la túnica, hija —indicó el científico, sonriendo con suavidad.

Christine se agachó, recogió la túnica del suelo y se la puso, sin dejar de mirar a Bud.

—¿No se siente bien, señor Crockett? —preguntó Zoran Pantelic.

—Pues, no muy bien, profesor —respondió el periodista—. Estoy un poco mareado.

—La impresión ha sido muy fuerte, ¿verdad?

—Demasiado, profesor.

—Lo comprendo, lo comprendo. Debí darles los detalles, antes de mostrarle el complicado mecanismo que lleva Christine en su interior, pero me molestó que dudara usted de mis palabras.

—Dudé de las palabras de Christine, pero no de las suyas, profesor Pantelic. Cuando usted me dijo que Christine era un robot, lo creí. Me seguía pareciendo imposible, debo confesarlo; pero lo creí. Sabía que usted no bromeaba, profesor. Si no le respondí fue porque me hallaba tan atónito que no me salía la voz —explicó Bud.

El científico sonrió y oprimió el hombro del periodista.

—¿Se siente ya mejor, señor Crockett?

—Sí, ya estoy bien, gracias.

—Me alegro. Ahora, si le parece, hablemos de…

El profesor Pantelic no pudo acabar la frase.

Tres hombres habían irrumpido en el laboratorio.

Altos.

Fuertes.

Musculosos.

Parecían tres luchadores profesionales.

Y a eso habían venido, a luchar.

Al menos, ésa fue la impresión que dio, pues los tres avanzaron decididamente hacia Bud Crockett, el profesor Pantelic y Christine, con los puños apretados y cara de muy pocos amigos.

# CAPÍTULO V

—¡Eh!, ¿quiénes son ustedes? ¿Cómo han llegado hasta aquí? —exclamó el profesor Pantelic, enfadado por la irrupción del trío de individuos.

Los tipos no respondieron.

Siguieron avanzando con los puños prestos.

Bud Crockett comprendió que los fulanos no deseaban hablar, sino pelear, y se dispuso a hacerles frente.

No tenía muchas posibilidades de vencerlos a los tres, pero unos cuantos puñetazos sí pensaba repartir, antes de que los tipos le redujesen.

—El periodista es mío, muchachos —rezongó el sujeto del centro.

—De acuerdo, Viktor —respondió el de la derecha—. Yo me encargo del profesor.

—Y yo de la muchacha —dijo el de la izquierda.

El llamado Viktor alcanzó a Bud Crockett y soltó el puño.

El periodista se agachó con rapidez y la maza del individuo sólo le rozó el pelo.

El fallo descontroló al tipo, que estuvo a punto de caerse.

Hubiera sido mejor para él, pues así se habría evitado lo que vino después.

Y lo que vino después fue el puño derecho de Bud

Crockett, que se incrustó en el hígado de Viktor como un arpón.

El tipo lanzó un bramido elefantesco y se dobló exageradamente, al tiempo que su arrugada cara se ponía verde como una lechuga.

Bud proyectó el otro puño, el izquierdo, y se lo estrelló a Viktor en el pómulo, que crujió como un acordeón desencolado y se quedó sin piel.

Los nudillos del periodista del *Cosmos Express* se la habían llevado, pegada a ellos.

Viktor cayó al suelo y rodó por él.

Entretanto, el tipo que debía encargarse del profesor Pantelic ya había dejado sin sentido a éste, de un seco puñetazo en el mentón.

El científico yacía en el suelo, inmóvil.

El otro fulano, el que debía ocuparse de Christine, intentó golpear a la muchacha-robot en la barbilla, pero ella ladeó la cabeza en el momento preciso y esquivó el puño del tipo.

Una fracción de segundo después, Christine contraatacaba.

Y lo hizo con el mejor de los estilos.

Golpe en el costado derecho del fulano, propinado con el canto de la mano.

El individuo gritó.

Golpe en el costado.

El sujeto volvió a gritar.

Golpe en un lado del cuello.

El tipo bramó.

Christine iba a golpearle en el otro lado del cuello, cuando recibió un puñetazo en la nuca, propinado por el otro individuo, el que había dejado inconsciente al profesor Pantelic.

Se escuchó un ruido metálico y la muchacha-robot se desplomó, quedando inerte en el suelo.

El tipo que la había golpeado palmeó las mejillas de su compañero, que estaba rígido como una estaca y tenía los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien, Grippo?

—No…, no puedo moverme, Jarek… —murmuró Grippo, que seguía sufriendo los efectos de los duros golpes que le propinara la muchacha-robot.

—¡Cuidado, Jarek! —rugió Viktor, desde el suelo, al ver que Bud Crockett se lanzaba sobre sus dos compañeros.

Jarek se revolvió velozmente, pero no pudo impedir que el puño diestro del periodista restallara en su mandíbula con la potencia de una coz de mula y lo catapultara espectacularmente.

Jarek arrolló a Grippo y los dos rodaron por el suelo del laboratorio.

Viktor escupió una maldición y se incorporó de un sallo.

Le dolía terriblemente el hígado y el pómulo despellejado le ardía como si fuera una brasa, pero ello no fue obstáculo para que se lanzara

sobre Bud Crockett, dispuesto a hacerlo migas.

El periodista burló el puño del matón y respondió con un mazazo al plexo solar.

Viktor quedó sin respiración, y su cara, que seguía un tanto verdosa, comenzó a amoratarse alarmantemente.

Bud no quiso esperar a que se amoratara del todo, y le propinó tres puñetazos seguidos en el rostro, enviándolo nuevamente al suelo.

En el preciso instante en que Viktor se derrumbaba, Jarek y Grippo caían como fieras sobre el periodista del *Cosmos Express*.

Bud Crockett se defendió bravamente, pero el ser atacado por dos hombres a la vez le restó muchas posibilidades.

Por si fuera poco, Viktor, recuperado ya del zambombazo que recibiera en su caja torácica, se puso en pie y atacó también al periodista.

Bud se vio sujetado por detrás por Grippo.

Jarek le golpeó en el rostro.

Viktor, en el estómago.

Jarek le atizó de nuevo.

Y Viktor.

El siguiente golpe, propinado por Jarek, hizo perder el sentido al periodista.

Viktor se dio cuenta, pero aún le atizó un nuevo puñetazo.

Después, dijo:

—Puedes soltarlo, Grippo. Ya ha recibido lo suyo.

Grippo soltó a Bud Crockett y éste quedó tendido en el suelo.

—Cargad con el profesor Pantelic y con la muchacha, rápido —indicó Viktor, tocándose el pómulo desprovisto de piel, que parecía un albaricoque aplastado.

—En marcha —gruño Viktor, caminando hacia la puerta.

Grippo y Jarek le siguieron.

Escasos segundos después, los tres matones abandonaban el laboratorio del profesor Pantelic, llevándose a éste y a la muchacha-robot creada por él.

* * *

Media hora más tarde, Bud Crockett volvía en sí. Trató de incorporarse, pero el dolor le obligó a desistir, por el momento.

Todo el cuerpo le dolía, pero de manera especial las costillas y el estómago.

El periodista dejó transcurrir unos minutos y luego intentó nuevamente ponerse en pie, muy lentamente, para que el dolor no fuese tan intenso.

Lo consiguió, aunque no pudo evitar un par de gemidos.

Incorporado ya, Bud Crockett echó una ojeada al laboratorio, comprobando que el profesor Pantelic y Christine habían desaparecido.

El periodista adivinó que Viktor, Jarek y Grippo se los habían llevado.

¿Para qué?

Bud no lo sabía, pero intuía que la muchacha-robot creada por el científico era la causa de todo.

Encogido y oprimiéndose las costillas y el estómago, el periodista del *Cosmos Express* abandonó el laboratorio.

Registró toda la casa.

No tenía la esperanza de encontrar al profesor Pantelic y a Christine, pero sí de hallar a Petronila, la fea cuarentona que estaba al servicio del científico.

Tampoco la encontró.

¿Se la habrían llevado también los indios…?

Bud descartó tal posibilidad.

Y la descartó porque empezaba a sospechar de la antipática sirvienta.

Suponía que Petronila estaba de acuerdo con los tipos.

Ella debió informarles de todo.

Bud no olvidaba las primeras palabras pronunciadas por el fulano llamado Viktor: «El periodista es mío, muchachos.»

El tipo sabía que él era periodista.

Y también, lógicamente, por qué había acudido a la casa del profesor Pantelic: para hacerle una entrevista, solicitada por el propio científico, que deseaba dar cuenta de su increíble experimento.

Alguien estaba muy interesado en que la noticia no se divulgara.

Y ese alguien había enviado a los tres matones, con la misión de secuestrar al profesor Pantelic y a la muchacha-robot creada por él.

Petronila les había abierto la puerta y conducido hasta el laboratorio, aunque ella no se dejó ver, la muy zorra. Cumplida la misión encomendada a los tipos, la sirvienta se largó con ellos.

Ya nada tenía que hacer en aquella casa.

Bud Crockett se dijo que él tampoco tenía ya nada que hacer allí, así que se marchó.

Dudó entre acudir a la comisaría de Betta-XII, para dar cuenta de los hechos, o encargarse personalmente de encontrar y rescatar al profesor Pantelic y a Christine.

Finalmente, se decidió por esto último.

Y se decidió por dos motivos: porque le atraía la idea y porque dudaba mucho que en la comisaría de Betta-XII creyesen su historia.

Lo de que Christine era un robot creado por el profesor Pantelic, había que verlo para creerlo, y el periodista temía que le tomasen por loco y lo encerrasen en una celda.

No.

No podía arriesgarse.

Él se encargaría de descubrir el paradero del científico y de la muchacha-robot, costara lo que costase, y averiguaría quién había ordenado su secuestro y por qué.

Después, tendría un reportaje sensacional.

Tan sensacional, que Melvyn Egan no podría negarle un aumento de sueldo, por temor a que se marchara con los de *La Gaceta del Universo.*

# CAPÍTULO VI

Bud Crockett echó a andar por la calle.

Le seguían doliendo las costillas y el estómago, aunque un poco menos, afortunadamente.

Mientras caminaba por la acera, el periodista se preguntó si el profesor Pantelic y Christine seguirían en Betta-XII o habrían sido trasladados a otra ciudad por los tipos que los habían secuestrado.

Con tal de que no los sacasen de Marte…

Bud pensaba que no, que no los llevarían a la Tierra o a cualquier otro planeta del Sistema Solar. Por el momento, al menos.

Más adelante, quizá.

Pero para entonces, Bud Crockett esperaba haber solucionado el asunto, así que mejor no pensar en ello.

En primer lugar, el periodista buscaría al profesor Pantelic y a la muchacha-robot en Betta-XII. Si no daba con ellos, los buscaría en las otras ciudades marcianas.

Esto se estaba diciendo Bud, cuando, de pronto, al fijarse en la casa que se alzaba al otro lado de la calle, mucho más pequeña que la del profesor Pantelic, vio algo que le hizo respingar.

Una de las ventanas de la planta superior estaba abierta de par en par, y junto a ella, de espaldas a la calle, había una muchacha de cabello largo y dorado como el oro, idéntico al de la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic.

Para mayor coincidencia, la joven lucía una túnica rosada.

¿Sería eso, pura coincidencia, o aquella muchacha era Christine…?

Bud, parado en la acera, con la respiración contenida, esperó a que la joven volviese la cabeza, para poder verle la cara y salir de dudas.

No pudo ser, porque la muchacha, en vez de volverse hacia la

ventana, se alejó de ella y desapareció.

El periodista rezongó una imprecación.

Pero no iba a quedarse con la duda.

Le vería la cara a la muchacha.

Bud descendió de la acera y cruzó la calle, alcanzando la casa que habitaba la joven que tenía el mismo pelo que Christine y vestía como ella.

Hizo sonar el timbre.

Transcurrieron un par de minutos, que al periodista del Cosmos Express se le hicieron larguísimos. Se disponía a repetir la llamada, cuando la puerta se abrió y la muchacha se dejó ver de frente.

El rostro de Bud Crockett se iluminó.

—¡Christine…! —exclamó, y abrazó efusivamente a la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic.

* * *

Mientras abrazaba a Christine, Bud Crockett pensaba que era una pena que dentro de aquel maravilloso y cálido cuerpo que sus brazos estrechaban hubiese un complejo mecanismo, un montón de cables, una encrucijada de circuitos, un sinfín de conexiones.

Hubiera sido tan bonito que Christine hubiese sido una mujer de verdad…

Con tantas mujeres como había conocido, y por las que no había sentido más que una simple atracción física, un deseo natural de divertirse con ellas, había ido a enamorarse de la única a la que no podía amar.

—Paradojas de la vida… —suspiró lánguidamente el periodista.

—¿Decía usted…?

Bud se separó ligeramente de la muchacha-robot y la miró a los ojos.

—Me siento muy desgraciado. Christine.

—Se ha vuelto a equivocar.

—¿Qué?

—Me ha llamado dos veces Christine, y yo me llamo Charlene.

—Oh, vamos, Christine, déjate de bromas. No estoy de humor, después de lo sucedido.

—Lamento que no esté usted de humor, pero le aseguro que yo no bromeo. Me llamo Charlene; Charlene Sutton. Y no le conozco a usted

de nada.

Bud Crockett se quedó boquiabierto.

—¿Le importaría soltarme, señor…? —rogó la muchacha.

Bud retiró lentamente sus brazos del cuerpo femenino, musitando:

—Christine…

—Y dale con Christine —rezongó la joven—. ¿Cómo quiere que le diga que me llamo Charlene?

—¿Te obligan a fingir?

—¿Cómo dice?

—Sí, eso debe ser. La vida del profesor Pantelic depende de ello, ¿verdad? —preguntó Bud, en tono muy bajo.

—¿Por qué menciona al profesor Pantelic?

—¿Están ellos aquí?

—¿Ellos…?

—Los tipos que secuestraron al profesor Pantelic.

La muchacha respingó.

—¿Han secuestrado al profesor Pantelic…?

Bud sonrió ligeramente.

—Lo haces muy bien, Christine. Eres un robot muy inteligente.

—¿Que soy qué…? —parpadeó la joven.

—Déjame actuar, Christine. Estoy un poco dolorido, pero creo que podré sacaros al profesor Pantelic y a ti de esto.

La muchacha que decía llamarse Charlene Sutton movió la cabeza.

—No entiendo nada de lo que dice, señor.

—Déjame entrar, Christine.

—¿En mi casa…?

—Esta no es tu casa, sino la de los secuestradores del profesor Pantelic.

—¡Usted está como una cabra!

—¡Christine!

—¡No me llame Christine! —gritó la muchacha, dando una furiosa patadita en el suelo.

—No hagas eso, Christine —pidió Bud, cogiéndole la pierna—. Se te podría soltar alguna pieza.

—¿Pieza…? —pestañeó ella.

—Eres un robot, no lo olvides.

La joven respingó.

—¡Eso fue lo que dijo antes, que soy un robot!

—Y es verdad.

—¿Le parece que el muslo que tiene en sus manos es el muslo de un robot?

Bud sonrió y se lo oprimió con suavidad.

—Nadie diría que es carne artificial, desde luego.

—¡Naturalmente que nadie lo diría, porque no lo es! —repuso la joven, furiosa, y rescató bruscamente su muslo de entre las manos del periodista.

—Voy en busca de los tipos —dijo Bud, y se coló en la casa.

—¡Eh, vuelva aquí! ¡No puede entrar por mi casa como Pedro por su ídem!

Bud no hizo caso y empezó a registrarlo todo.

La muchacha que negaba ser Christine, el asombroso robot creado por el profesor Pantelic, cerró la puerta y trotó hacia Bud Crockett.

—¡Le ordeno que se marche, señor! ¡Hágame caso o llamaré a la policía!

Bud sonrió levemente.

—Llamar a la policía… —murmuró.

—¿Quiere verlo?

—La policía no debe intervenir en esto, Christine, y tú lo sabes.

—¡Pero qué perra ha cogido usted con lo de Christine, amigo mío! —exclamó la joven, agarrándose la cabeza con desesperación.

Bud, en vista de que en la planta inferior no descubría nada, subió a la planta superior.

La muchacha fue tras él, gritando:

—¡Le prohíbo que suba a mi dormitorio!

El periodista hizo caso omiso de la prohibición y alcanzó el piso alto, pero tampoco allí encontró al profesor Pantelic ni a los individuos que lo habían secuestrado.

Christine estaba sola en la casa, de eso no cabía duda.

Bud miró a la muchacha, visiblemente desconcertado.

—Estás sola, Christine… —musitó.

—¡Eso quisiera yo, pero por desgracia estoy con usted! —repuso ella, terriblemente enfadada.

—Como no hay nadie más en la casa, podemos hablar con tranquilidad. ¿Dónde está el profesor Pantelic, Christine?

—¿Cómo diablos quiere que yo lo sepa?

—¿No sabes adónde lo llevaron Viktor y los otros?

—¡Yo no conozco a ningún Viktor!

—Christine, no es necesario fingir. Nadie nos puede oír.

—¿Quién está fingiendo?

—¿Por qué niegas que seas Christine, la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic?

—¡Porque me llamo Charlene, y a mí me crearon entre mi padre y mi madre!

—Puedo demostrar que eres un robot.

—¿Ah, sí…?

—Dame tu mano izquierda.

—¿Para qué?

—Moveré tu dedo corazón hacia un lado y otro y tu pecho se abrirá.

—Cuando yo digo que está usted como una regadera…

Bud cogió la mano izquierda de la muchacha.

Esta no se opuso.

—Vamos, inténtelo —dijo, sonriente—. Será divertido.

Bud hizo girar el dedo corazón, tal y como viera hacer al profesor Pantelic, pero no ocurrió nada.

—Parece que mi pecho no se abre… —dijo la joven, burlona.

—Debe ser porque no te has quitado la túnica.

—No pretenderá que me quede desnuda ante usted, ¿verdad?

—Ya lo hiciste una vez.

—¡Se quedaría desnuda esa Christine, a la que usted tanto menciona, pero no yo!

—Tú eres Christine.

—¿Qué puedo hacer para demostrarle que está confundido?

—Quitarte la túnica.

—¡Ni hablar!

—¿Te has vuelto vergonzosa, Christine…? —sonrió irónicamente el periodista.

La muchacha apretó los dientes con rabia.

—¡Está bien, fuera túnica! —barbotó, y accionó bruscamente el cierre.

La túnica cayó a sus pies.

Bud dio un repaso al cuerpo prácticamente desnudo de la muchacha.

Era el cuerpo de Christine, no cabía duda.

Hasta el diminuto pantaloncito brillante era auténtico.

El periodista volvió a coger la mano izquierda de la muchacha-robot e hizo girar nuevamente su dedo corazón en ambos sentidos.

El esbelto torso de Christine continuó cerrado.

Bud frunció el ceño.

—No lo entiendo —murmuró.

—Ni yo tampoco, se lo aseguro —rezongó la joven.

—Cuando el profesor Pantelic movió tu dedo corazón, tu pecho se abrió.

—¿Y qué pasó, se me salieron las vísceras?

—Tú no tienes vísceras, Christine.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que tengo, entonces…?

—Piezas metálicas, cables, circuitos, conexiones…

La joven rio.

—Necesita usted una camisa de fuerza, amigo.

—¿Puedo tocarte, Christine?

—Depende de lo que desee tocar.

—Tu estómago.

—De acuerdo, hágalo. Pero como ponga sus manos más arriba, se ganará una buena bofetada —advirtió la muchacha.

—No tocaré tus pechos, descuida —repuso Bud, y posó su mano sobre el suave estómago femenino.

Presionó, hundiéndolo todo lo que pudo.

La joven compuso una mueca de dolor.

—¿Qué pretende, sacar la mano por mi espalda?

Bud, extrañado de que sus dedos no tactasen nada anormal dentro del estómago de Christine, preguntó:

—¿Puedo descansar mi oído sobre tu seno izquierdo, Christine?

—¿Para qué?

—Los robots no tienen corazón.

—Oh, entiendo. De acuerdo, póngalo. Pero sólo el oído, ¿eh? La boca manténgala alejada.

Bud posó su oído sobre el seno izquierdo de la muchacha.

Al instante, dio un respingo.

¡Oía latir un corazón!

¡Aquella muchacha no era Christine!

¡No era un robot…!

# CAPÍTULO VII

La sorpresa dejó paralizado al periodista del *Cosmos Express*, cuyo oído siguió pegado al terso y cálido seno de la muchacha que decía llamarse Charlene Sutton. También su mejilla, lógicamente, estaba en contacto con la sedosa piel.

Muy agradable todo ello, de haber sido otras las circunstancias.

Pero Bud Crockett se hallaba demasiado desconcertado como para gozar de aquel momento, realmente delicioso.

—¿Oye latir mi corazón, señor…? —preguntó la muchacha que lo tenía todo idéntico al robot creado por el profesor Pantelic.

Bud se irguió y la miró.

—Sí —respondió, sin apenas voz.

—¿Se ha convencido, entonces, de que no soy un robot?

—Sí.

—Vaya, menos mal que al fin cayó del burro —suspiró la joven, recogiendo su túnica del suelo.

Se la puso, sujetándola sobre su hombro derecho.

Después, preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Bud Crockett.

Charlene Sutton respingó.

—¿El periodista del *Cosmos Express*…?

—Sí.

—¡Vaya sorpresa!

—Para sorpresa, la mía. Estaba seguro de que eras Christine, la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic. Y es evidente que no lo eres.

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio, Bud? Tal vez así

entienda algo.

—Lo haré, Charlene. Pero sentado y después de que me hayas servido una bebida fuerte. Tuve una pelea muy dura y me duelen todos los huesos del cuerpo —explicó el periodista, oprimiéndose el pecho.

La muchacha lo cogió del brazo.

—Venga conmigo, Bud.

Crockett se dejó llevar por la joven, que lo condujo a una acogedora salita.

—Siéntese en el sofá, Bud.

—Gracias.

El periodista se sentó y Charlene Sutton se acercó al mueble-bar.

Le preparó una bebida y ella se preparó otra, algo más suave.

Después, se sentó también en el sofá y ofreció la bebida fuerte al magullado Bud Crockett.

—Aquí tiene, Bud.

—Gracias.

El periodista ingirió un largo trago.

El licor era tan fuerte que le hizo toser.

—¿Qué diablos es esto, Charlene…? ¿Nitroglicerina pura?

—Casi —rio la joven.

—Me reanimará si no me mata.

—Vamos, Bud, cuénteme su historia —apremió Charlene Sutton, impaciente.

El periodista se lo refirió todo, sin omitir detalle.

Huelga decir que el asombro de Charlene Sutton fue indescriptible.

Cuando Bud acabó su relato, la joven murmuró:

—Es lo más fantástico que he oído en mi vida…

—Te juro que es cierto, Charlene. Pero, si no me crees, no me enfadaré.

—Sí le creo, Bud. Sabiendo quién es usted, no puedo dudar de sus palabras.

Crockett esbozó una sonrisa.

—Gracias, Charlene.

—Creo que ya sé por qué la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic es idéntica a mí.

—¿De veras?

—Hace ya algún tiempo, el profesor Pantelic me llamó por videófono y me rogó que fuera a su casa, pues deseaba hablar conmigo

personalmente. Yo acudí en seguida, sin poder creer que un científico tan prestigioso me hubiese pedido que fuera a su casa. Petronila, su sirvienta, me llevó a su presencia. El profesor Pantelic me explicó que me había visto varias veces asomada a la ventana de mi casa, y que, en un par de ocasiones, sin él proponérselo, me había visto completamente desnuda, tomando sesiones de rayos ultravioleta. Me pidió disculpas por ello y luego elogió mi figura afirmando que poseía el cuerpo más perfecto de cuantos él había visto. También aseguró que mi rostro era bello y sumamente atractivo. Yo, naturalmente, me sentí muy halagada y le di las gracias. Entonces fue cuando me hizo la proposición.

—¿Qué clase de proposición? —preguntó Bud, muy interesado.

—El profesor Pantelic quería sacar un molde de mi cuerpo completo, aunque no me explicó para qué. Me ofreció una suma tentadora y yo acepté sin dudar. Ese mismo día sacó el molde. Yo tuve que desnudarme completamente, claro. Pero no me importó. Sabía que podía fiarme del profesor Pantelic, que en ningún momento trataría de aprovecharse de mi absoluta desnudez Y así fue, me trató como si fuera su hija. Esa hija que luego creó, utilizando mi molde, y a la que llama Christine…

—Ahora me explico por qué la muchacha-robot y tú sois tan exactamente iguales, Charlene —repuso Bud.

—Yo también.

—Incluso habla y viste como tú.

—Sí. Y tú te enamoraste de ella, Bud —tuteó ya Charlene al periodista.

Crockett sonrió.

—De un robot…

—Sí —sonrió también la muchacha.

—Yo no sabía que lo era. En realidad, me enamoré de ti, porque el profesor Pantelic lo creó a tu imagen y semejanza.

—Eso es verdad;

Bud le cogió la mano y se la oprimió con suavidad.

—Me alegro de que seas una mujer de carne y hueso, Charlene.

—Yo también. No me gustaría tener el pecho lleno de piezas metálicas, de cables, de circuitos, de conexiones… Ni que mi carne fuese artificial.

Bud soltó la mano de la muchacha y le acarició los muslos.

—Te aseguro que es imposible apreciar la diferencia, Charlene.

—Te creo.

—El profesor Pantelic iba a darme los detalles de su experimento, cuando irrumpieron los tipos en el laboratorio. No sé, pues, cómo pudo crear un robot tan perfecto y tan inteligente.

—¿Insistes en buscar personalmente al profesor Pantelic, Bud?

—Sí.

—Puede ser peligroso.

—Tendré cuidado.

—Mi consejo es que acudas a la policía.

—¿Y qué me tomen por loco?

—Yo iré contigo y apoyaré tu historia.

—Nos encerrarían a los dos.

—Bud…

—No insistas, Charlene. Está decidido.

—¿No puedo hacer nada para que cambies de idea?

—No, pero puedes besarme.

—Si supiera que con ello iba a hacerte desistir…

—Inténtalo a ver.

—Tienes razón, por intentarlo que no quede —sonrió Charlene Sutton, y sus apetecibles labios entraron en contacto con los de Bud Crockett.

# CAPÍTULO VIII

En el año 2055 eran muchos todavía los que opinaban que el hombre desciende del mono. Sin embargo, después de contemplar a Lothar Oelsner, uno cambiaba rápidamente de parecer y se inclinaba más a pensar que el hombre desciende del cerdo.

Algunos hombres, al menos.

Era el caso de Lothar Oelsner, con sus ciento treinta kilos de peso, su cabello rojizo, igual que el abundante y tieso vello que cubría su porcino cuerpo. Tenía, además, la cabeza grande, las orejas caídas, el hocico saliente, los labios gruesos, las extremidades cortas…

Sí.

Su parecido con un cerdo era extraordinario.

Para colmo, se cubría con un quimono corto, y como lo llevaba casi abierto de par en par, mostraba su descomunal barrigón y sus enormes y antiestéticos muslos.

Lothar Oelsner se hallaba recostado sobre varios almohadones, y tenía ante sí un gigantesco frutero repleto de frutas de todas las especies, que él iba probando una tras otra.

Recostada junto a él, se encontraba Yurika, una hermosa muchacha de origen japonés y formas realmente exuberantes, que la corta túnica de gasa transparente permitía admirar sin necesidad de forzar la vista.

Bajo la descarada túnica, nada.

Sólo el prodigioso cuerpo desnudo de la japonesa.

Yurika era, actualmente, la chica favorita de Lothar Oelsner.

El quimono que lucía el cerdo de Lothar se lo había regalado ella.

Yurika no dejaba de besar y acariciar el enorme corpachón de Lothar Oelsner, pero éste no parecía hacerle mucho caso. Se preocupaba más de las sabrosas frutas que de la cariñosa y escultural japonesa.

De pronto se encendió una luz roja junto a la puerta de la exótica estancia y empezó a escucharse un zumbido intermitente.

Lothar Oelsner, que acababa de morder un jugoso melocotón, sonrió, porque adivinaba de quién se trataba.

—Yurika.

—¿Sí, Lothar…?

—Esfúmate.

—Todavía no hemos hecho el amor… —recordó la fascinante japonesa, besándole el orejón derecho, cuyo lóbulo le mordió suavemente después, para excitarle.

Pero, en vez de excitarle, lo que logró fue irritarle, según pudo comprobar en seguida, ya que Lothar Oelsner le propinó un violento empujón y la hizo rodar por el enmoquetado suelo.

Cuando la belleza oriental dejó de dar vueltas, la corta túnica de gasa transparente se le había subido hasta la altura del ombligo.

Lothar, sin embargo, no clavó sus ojos en la mitad inferior del cuerpo de la japonesa, porque la tenía muy vista, lo mismo que la mitad superior. Los clavó en la puerta de la habitación y repitió:

—Esfúmate, Yurika.

—Sí, Lothar —respondió la japonesa, sumisa, y se puso en pie.

Caminó rápidamente hacia la puerta, pero no la que miraba Lothar Oelsner, sino otra más pequeña que había a la derecha, y que disimulaba un precioso cortinaje.

Yurika parecía triste, pero en el fondo bailaba de contento por el hecho de que Lothar la hubiese echado de su lado sin haberla tocado apenas.

Era un repugnante suplicio hacer el amor con el cerdo de Lothar Oelsner, ser besada y mordida por su asquerosa boca, verse estrujada por sus rechonchas manos, aplastada por su grasiento y voluminoso cuerpo.

Pero Yurika tenía que fingir que deseaba la compañía del puerco de Lothar, que ansiaba sus besos y sus caricias, que disfrutaba como una enana cada vez que él le hacía el amor.

Con todo, era mucho mejor ser la chica favorita de Lothar Oelsner que «lo otro». Yurika todavía no había sido «lo otro», pero sabía que lo sería en cuanto Lothar se cansase de ella y la sustituyera por una chica nueva.

De ahí el empeño de la bella japonesa en agradar y complacer en todo al cerdo de Lothar. Cuanto más tardase en cansarse de ella, más

tardaría en seguir el camino de las otras mujeres que habían sido chicas favoritas de Lothar.

Yurika desapareció tras el cortinaje y cruzó la puerta.

Entonces, Lothar Oelsner tomó un mando de control remoto y la accionó.

La otra puerta, la principal, se abrió, al tiempo que se apagaba la luz roja y cesaba el intermitente zumbido.

Viktor, Jarek y Grippo penetraron en la estancia, acompañados de Petronila, la fea sirvienta del profesor Pantelic. Jarek traía en brazos al eminente científico, que seguía inconsciente, y Grippo cargaba con Christine, la muchacha-robot, que tampoco se movía.

Cuando todos estuvieron dentro, Lothar Oelsner accionó de nuevo su mando de control remoto y la puerta se cerró silenciosamente.

—Misión cumplida, jefe —dijo Viktor, sonriendo.

Pero no pasó de ser una media sonrisa, porque le dolía la boca.

Y el pómulo despellejado.

Y muchas otras cosas.

También Jarek y Grippo estaban doloridos, pero, al igual que Viktor, se encontraban satisfechos de haber llevado a cabo con éxito la misión encomendada por Lothar Oelsner, el hombre para el que trabajaban.

La mayor satisfacción, sin embargo, la expresaba Petronila, la mujer que había traicionado al profesor Pantelic por una tentadora suma de dinero, que Lothar Oelsner le entregaría dentro de unos minutos.

Lothar se fijó en las marcadas caras de Viktor, Jarek y Grippo.

—¿Os habéis peleado con un batallón…?

Viktor se tocó el pómulo que parecía un albaricoque aplastado y rezongó:

—Fue el periodista, jefe. Pega duro.

—Sí, jefe; muy duro —corroboró Jarek, que lucía un considerable moretón en las mandíbula.

—Y la muchacha suelta cada hachazo con el filo de la mano… —añadió Grippo.

Lothar se fijó mejor en Christine e indicó:

—Déjala en el suelo, Grippo. Y tú has lo propio con el profesor Pantelic, Jarek.

Los dos matones obedecieron.

Grippo no se preocupó de estirar la rosada túnica de la muchacha-robot, y su vientre y sus caderas quedaron al descubierto, además de sus

maravillosas piernas.

Los ojos de Lothar Oelsner se clavaron en todas esas partes de la anatomía artificial de Christine, con un brillo de admiración, que se tornó lujurioso cuando sus ojos se posaron en el triangulito de tejido brillante que apenas cubría el pubis y el sexo de la muchacha-robot.

—Es hermosa, muy hermosa… —murmuró.

—Ya se lo dije, señor Oelsner —sonrió Petronila.

—Y parece una mujer de verdad…

—También se lo dije. Menos tener hijos, puede hacer de todo.

—Incluso el amor…

—Claro.

—Es fantástico.

—El profesor Pantelic es un genio. Se empeñó en crear un robot perfecto en todos los sentidos, y lo ha conseguido.

—Sí, es un robot maravilloso… —musitó Lothar Oelsner, que ya acariciaba los muslos, las cadera y el vientre de Christine.

Ello lo excitó y sintió deseos de acariciar también lo que cubría el minúsculo pantaloncito brillante, pero se contuvo. Ya lo haría cuando estuviese a solas con la hermosa muchacha-robot.

Lothar retiró su gruesa y velluda mano del cuerpo inmóvil de Christine y miró al trío de matones que tenía a sus órdenes.

—¿Qué pasó con el periodista?

—Finalmente logramos reducirle y le dimos una buena paliza —respondió Viktor.

—¿Os limitasteis a eso, a darle una paliza? —pareció reprocharles Lothar.

Viktor, Jarek y Grippo se miraron entre sí.

El primero preguntó:

—¿Debimos hacer algo más, jefe?

—Naturalmente. Viktor. Debisteis eliminarle.

Petronila respingó nerviosamente.

—Cuando hicimos el trato no habló usted de matar a nadie, señor Oelsner… —le recordó.

Lothar la miró y sonrió.

—Es cierto. Petronila. Pero ahora lo estimo conveniente.

—El periodista no podrá llegar hasta usted, señor Oelsner.

—Yo no estoy tan seguro.

—Olvídese de él, se lo ruego. El secuestro, es una cosa, y el

asesinato, otra. No nos manchemos las manos de sangre, señor Oelsner.

Lothar Oelsner pareció meditar el asunto.

Tras casi dos minutos de silencio, en los que Petronila no respiró ni una sola vez, sonrió y dijo:

—De acuerdo, dejaremos que el periodista viva.

La cuarentona respiró por fin, hondamente.

—Gracias, señor Oelsner.

—¿Quiere usted cobrar la suma convenida ahora, o prefiere volver?

Petronila se apretó las manos, visiblemente nerviosa.

—Prefiero que me pague ahora, señor Oelsner. Quiero abandonar Marte hoy mismo.

—Muy sensato. Pagadle a Petronila, muchachos —ordenó Lothar, con cínico gesto.

Viktor, Jarek y Grippo, que ya sabían con qué clase de moneda debían pagar a la sirvienta del profesor Pantelic, la miraron fríamente.

Petronila sintió que se le erizaba la piel.

Su fea cara se quedó sin color.

Sus delgados labios temblaron.

—No… —suplicó, con voz estrangulada, al tiempo que retrocedía.

Viktor, Jarek y Grippo fueron hacia ella, rodeándola.

La espalda de Petronila topó contra la pared y no pudo retroceder más.

Presa del pánico, chilló:

—¡No puede pagarme con la muerte, señor Oelsner! ¡No tendría usted al profesor Pantelic y a la muchacha-robot si no hubiese sido por mí! ¡Yo le informé de todo!

—Acabad pronto, muchachos —apremió Lothar, y cogió una uva negra del frutero, que se llevó a la boca con mucha parsimonia.

Viktor, Jarek y Grippo estrecharon el cerco.

Petronila, en su desesperado intento de salvar su vida, trató de pasar velozmente por entre Jarek y Grippo y alcanzar la puerta.

No lo consiguió.

Jarek la agarró de un brazo y Grippo la cogió del otro.

Petronila chilló histéricamente, mientras luchaba por soltarse, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Viktor le agarró la cabeza con sus manazas de hierro.

Petronila lo miró, con ojos de espanto.

Adivinaba las intenciones del matón

Iba a romperle el cuello.

Así pondría fin a su vida.

Petronila, de una manera instintiva, elevó bruscamente su rodilla derecha y la incrustó entre los muslos de Viktor, pillándole de lleno los órganos genitales.

El matón aulló como un lobo al que estuviesen desollando vivo y se derrumbó en el acto, hecho una bola. Se retorció en el suelo, con la cara azulada y despidiendo espuma por la boca.

Lothar Oelsner maldijo a viva voz.

—¡Acabad con esa bruja de una vez, estúpidos!

—¡Sujétala tú, Grippo! —barbotó Jarek.

Grippo rodeó el pecho de Petronila con sus poderosos brazos, agarrándola por detrás, y Jarek se dispuso a hacer con la fea sirvienta lo mismo que intentara Viktor: romperle el cuello.

Petronila, que no dejaba de chillar como una loca, trató de repetir su eficaz golpe de rodilla y machacar los genitales de Jarek, pero éste, que ya lo esperaba, le hundió un puño en el estómago, brutalmente.

La cuarentona bramó y se encogió todo lo que Grippo le permitió, que no fue mucho. El dolor, terrible, la dejó sin fuerzas para disparar de nuevo la rodilla, y Jarek ya no tuvo dificultad para agarrarle la cabeza y torcérsela con brusquedad.

Se escuchó un espeluznante crujido de vértebras y Petronila dejó de chillar como una posesa.

Jarek le soltó la cabeza y ésta cayó sobre el pecho de la sirvienta del profesor Pantelic, totalmente desprendida del tronco.

Un espectáculo realmente estremecedor.

Grippo soltó los brazos de Petronila.

La desgraciada se desplomó como un saco de patatas.

Grippo y Jarek ayudaron a Viktor a ponerse en pie.

Este último barbotó:

—Maldita arpía… Por su culpa no voy a poder estar con una mujer en un par de semanas, por lo menos.

—No debiste confiarte, estúpido —le recriminó Lothar Oelsner.

Viktor no replicó.

Lothar gruñó:

—Retirad el cuerpo de Petronila y encerrad al profesor Pantelic en un lugar seguro. Cuando vuelva en sí, avisadme.

—¿Y la muchacha-robot…? —preguntó Viktor.

—Déjala aquí.

—Es muy peligrosa, jefe —advirtió Grippo.

—No en este momento. Si no se mueve, es porque su mecanismo está averiado.

—El jefe tiene razón —intervino Jarek—. Cuando la golpeé en la nuca, se escuchó un ruido metálico.

—El profesor Pantelic reparará la avería, cuando recobre el conocimiento —dijo Lothar—. Vamos, lleváoslo ya —apremió, dando un par de palmadas.

Jarek y Grippo cargaron con el científico.

Viktor preguntó:

—¿Hablaba en serio cuando dijo que íbamos a dejar que el periodista siguiera con vida, jefe?

Lothar Oelsner sonrió.

—¿Tú qué crees?

—Sospecho que no, jefe.

—Sospechas bien, Viktor.

El matón esbozó una sonrisa.

—Iremos por él, jefe.

—No sólo por él, Viktor.

—¿Por quién más, jefe?

—Por la muchacha que sirvió de modelo al profesor Pantelic para crear su robot —respondió Lothar, mirando a la averiada Christine.

—¿Quiere que la matemos también, jefe?

—Oh, no, nada de eso. A ella la quiero viva, Viktor. No me conformo con tener sólo la copia, quiero también el original —sonrió Lothar, cuya repulsiva mano se había posado nuevamente sobre los muslos de la muchacha-robot y ya se deslizaba por entre ellos, directa hacia el brillante y exiguo pantaloncito.

# CAPÍTULO IX

Casi tres minutos después de haber unido su boca a la de Bud Crockett, Charlene Sutton dio por finalizado el beso y miró a los ojos al periodista del *Cosmos Express*.

—¿Te he hecho cambiar de idea, Bud?

—No, pero me ha gustado mucho el beso.

—Sabía que no lo lograría.

—Puedes seguir intentándolo.

—¿Para qué? Ni aunque te besara cien veces desistirías de ir personalmente en busca del profesor Pantelic y de la muchacha-robot creada por él.

—No, me temo que no.

—Espera, al menos, un par de horas.

—¿Por qué?

—¿No dijiste que te duelen todos los huesos?

—Sí, es verdad —el periodista se llevó la mano a las costillas.

—Quítate el traje y échate en el sofá, Bud. Trataré de aliviar tus dolores.

—¿Con qué?

—Eso es cosa mía —sonrió Charlene, con pícaro gesto.

—De acuerdo —accedió Bud, y se despojó del cinto, de las botas y del traje, conservando sólo el slip. Se tendió en el sofá, boca arriba.

—Soy todo suyo, doctora Sutton —bromeó.

—No soy doctora, pero casi.

—¿De veras?

—Soy enfermera.

—Qué sorpresa.

—Y mi especialidad son los masajes.

—¡Magnifico!

—Te haré una demostración.

—Lo estoy deseando.

Charlene Sutton empezó a masajear el contusionado torso del periodista, sus brazos, sus hombros, su cuello…

Bud Crockett cerró los ojos y la dejó hacer, absolutamente inmóvil.

—¿Te sientes mejor, Bud…? —preguntó ella.

—Mucho mejor.

—¿Continúo?

—Sí, por favor.

Charlene siguió dándole masajes, sentada en el borde del sofá.

Bud movió su mano y la posó sobre los suaves y armoniosos muslos femeninos.

—¿Qué haces? —preguntó Charlene.

—Devolverte los masajes.

—A mí no me duele nada.

—No importa.

—¿Sabes que eres un carota?

—Soy sólo un hombre enamorado.

—De un robot…

—De ti.

Charlene sonrió.

—Tú a mí también me agradas, Bud.

—¿Mucho?

—Bastante.

—Dame un beso, Charlene.

Ella se lo dio.

Bud le pasó el brazo derecho por la cintura, para retenerla, y su otra mano subió hasta el hombro de la enfermera, para soltar el cierre de su rosada túnica.

Charlene no hizo nada por impedirlo.

Bud accionó el cierre y la túnica cayó.

La mano del periodista buscó los pechos desnudos de Charlene, que se estremecieron dulcemente cuando se sintieron acariciados.

La joven alzó la cabeza y lo miró.

—Bud…

—¿Qué?

—No estás en condiciones.

—¿De qué?

—De hacerme el amor.

—¿Quién ha dicho que no?

—Te duele todo.

—Menos lo principal.

—Mejor será que descanses y hagamos el amor después.

—Lo vamos a hacer ahora, no puedo —repuso Bud, y abrazó y besó a Charlene con pasión.

* * *

Lothar Oelsner se retiró del cuerpo desnudo de Christine.

Un cuerpo que había besado, acariciado y estrujado hasta la saciedad, y que luego había hecho suyo, gozando tanto o más que cuando hacía el amor con Yurika, la hermosa y sensual japonesa.

Y eso que la muchacha-robot no había colaborado, porque seguía averiada. Cuando colaborase, aún sería mucho mejor.

Todavía no se había normalizado totalmente el ritmo de la respiración del cerdo de Lothar, cuando se encendió la luz roja de la puerta y empezó a oírse el zumbido intermitente.

Lothar se cerró el quimono y atrapó su mano de control remoto, abriendo la puerta con él.

El profesor Pantelic penetró en la habitación, escoltado por Viktor, Lothar, Grippo y Jarek. Los cuatro clavaron sus ojos en el cuerpo desnudo de Christine, junto al cual yacían su túnica y su brillante pantaloncito.

Lothar utilizó de nuevo el mando de control remoto y la puerta se cerró.

—¿Qué tal se siente, profesor…? —preguntó, con irónica sonrisa.

Zoran Pantelic apartó su mirada del cuerpo ultrajado de la muchacha-robot y la posó en el puerco de Lothar.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez, con voz ronca.

—Me llamo Lothar Oelsner, y soy el propietario del club *La Estela Luminosa*. ¿No ha oído hablar de él, profesor…?

—Sí.

—Es la mejor sala de fiestas de Betta-XII —dijo Lothar, orgulloso.

—¿Qué ha hecho con Christine?

—El amor.

El rostro del científico se congestionó.

—Es usted un…

Lothar alzó la mano.

—Cuidado con lo que dice, profesor, o mis hombres se mostrarán violentos con usted —advirtió.

—No me importa que me golpeen de nuevo. Lo que ha hecho usted con Christine…

—Es sólo un robot.

—¡Pero piensa y siente como un ser humano!

—Tranquilícese, profesor. Christine no ha podido pensar ni sentir nada, porque está averiada. Ya lo estaba cuando mis hombres la trajeron. Uno de ellos le dio un golpe en la nuca, en su laboratorio, porque ella se mostraba muy agresiva —explicó Lothar.

—Christine no hizo más que defenderse, lo mismo que el periodista del *Cosmos Express*. ¿Qué ha sido de él? —preguntó el científico.

—Dio más guerra de la esperada, pero finalmente se vio reducido por mis hombres. Quedó inconsciente en su laboratorio.

—¿Y mi sirvienta…?

—Petronila ha pasado a mejor vida, profesor.

Zoran Pantelic palideció.

—¿La han… matado? —preguntó, con voz ahogada.

—Sí, profesor. Pero no lo sienta usted. Era una mala mujer. Le traicionó a usted por dinero.

—¿Que ella…?

—¿Cómo, si no, iba a saber yo que usted había creado un robot fantástico? Petronila me informó, profesor. Con todo detalle.

Zoran Pantelic apretó los puños.

—¿Qué es lo que pretende usted, Oelsner?

—En primer lugar, que nadie sepa que usted ha creado un maravilloso robot, tan perfecto, que parece un ser de carne y hueso.

—Bud Crockett ya lo sabe.

—Pero no podrá contárselo a nadie.

El científico palideció de nuevo.

—¿También piensa eliminarle, Oelsner…?

Lothar asintió con su cabezota.

—No tengo más remedio que hacerlo, profesor, para que no divulgue lo que sabe. No es probable que le creyeran, pero, para mayor

seguridad, le cerraremos la boca para siempre.

—¿Y después…?

—Quiero que usted trabaje para mí, profesor Pantelic. Que construya más robots como éste, tomando como modelos a las chicas que tengo encerradas en un prostíbulo secreto.

Zoran Pantelic quedó sin habla.

Lothar Oelsner explicó:

—Las chicas que tengo en mi prostíbulo son todas jóvenes y hermosas, pero me causan problemas, porque no les gusta su trabajo. Yo lo comprendo, porque hay clientes muy exigentes. También los hay violentos, de esos que gozan maltratando a las mujeres. Y tipos desagradables, a los que, por su gusto, las chicas no les darían ni siquiera un beso. Siendo mujeres-robots, creadas para realizar ese tipo de trabajo, no tendría ningún tipo de problemas con ellas. Además, las mujeres-robots no envejecen exteriormente, según me explicó Petronila. Otra ventaja es que no necesitan tomar anticonceptivos para hacer el amor, puesto que no pueden quedar embarazadas. Los clientes de mi prostíbulo no sabrán por descontado, que son atendidos por mujeres-robots. Aunque no hay ninguna diferencia, no les gustaría saber que pagan para hacer el amor con una máquina con aspecto de mujer.

El profesor Pantelic apretó las mandíbulas.

—Está usted loco si piensa que voy a prestarme a eso, Oelsner.

—No tendrá más remedio, profesor, porque si no…

—¿Qué?

—Morirá usted, profesor.

—Lo prefiero.

—¿No le asusta la muerte…?

—En absoluto.

—Será una muerte lenta y llena de sufrimientos, se lo advierto.

Zoran Pantelic no pudo evitar un estremecimiento.

—Es usted un canalla, Oelsner.

Viktor le propinó un golpe en los riñones y el científico se desplomó, dando un grito.

Lothar Oelsner sonrió.

—Le advertí que mis hombres se mostrarían violentos con usted si no sujetaba su lengua, profesor.

Zoran Pantelic estivo a punto de replicar, pero se contuvo.

Lo único que ganaría con ello es que los matones de Lothar Oelsner

le golpeasen de nuevo.

—Medite el asunto, profesor Pantelic, y verá cómo le conviene trabajar para mí.

—Nunca.

—No sea cabezota y acepte mi proposición. Se ahorrará muchos sufrimientos. Sufrimientos totalmente inútiles, porque al final cederá. No podrá resistir mucho tiempo las dolorosas torturas a que le someterán mis hombres, se lo aseguro.

El científico pareció vacilar.

Y no a causa de las palabras de Lothar Oelsner, sino porque de pronto había surgido una idea en su mente.

Lothar creyó que la vacilación de Zoran Pantelic se debía a sus amenazas de tortura y sonrió.

—¿Qué responde, profesor?

—Trabajaré para usted, Oelsner —decidió el científico—. Pero con una condición.

—¿Qué condición?

—No quiero que maten a Bud Crockett.

—Ese periodista tiene que morir, profesor. Ya sabe usted por qué.

—Para evitar que hable, no es necesario, matarle. Que sus hombres lo atrapen y lo traigan aquí.

—¿Aquí…?

—Si tengo que crear varios robots, necesitaré un ayudante. Bud Crockett será ese ayudante.

Lothar Oelsner, tras casi un minuto de meditación, dio una cabezada de asentimiento.

—De acuerdo, profesor. Mis hombres atraparán vivo al periodista y se lo traerán, para que le ayude en la construcción de las mujeres-robots.

# CAPÍTULO X

Bud Crockett besó cálidamente los labios a Charlene Sutton, se levantó de la cama y se puso el slip.

—Voy por el resto de mi ropa.

—Bésame otra vez, Bud —pidió Charlene, cubierta sólo hasta la cintura por la sábana.

El periodista se inclinó y la besó de nuevo, tiernamente.

Ella le cogió la cabeza y le obligó a bajarla hasta sus pechos desnudos, para que se los besara.

Bud la complació, pero con más brevedad de lo que Charlene deseaba.

Al ver que el periodista erguía la cabeza casi al momento, la joven le recriminó con el gesto y dijo:

—¿Ya no te gustan mis pechos, Bud?

—Me encantan, y tú lo sabes —sonrió él, acariciándoselos con las manos.

—Sólo les has dado un beso a cada uno.

—No puedo perder más tiempo, Charlene. Tengo que ir en busca del profesor Pantelic y de Christine.

—Quédate sólo unos minutos más, Bud —insistió la muchacha, que temía por la vida del periodista.

Esa era la verdadera razón de que quisiera retenerle.

Charlene se estaba enamorando también de Bud, y no quería perderle.

—Por favor… —suplicó, cogiéndole los brazos.

Bud se soltó con suavidad.

—Lo siento, cariño. Sabes que por mi gusto no me separaría de ti, pero tengo que hacerlo. La vida del profesor Pantelic puede estar en

peligro.

—Y vas a arriesgar la tuya por salvarle…

—Tendré cuidado, no te preocupes —prometió el periodista, y salió del dormitorio de Charlene Sutton.

Fue a la acogedora salita, que era la estancia contigua, y acabó de vestirse. Se estaba abrochando el cinto, cuando entró Charlene, que ya se había puesto el pantaloncito y la túnica.

Se miraron a los ojos, pero ninguno de los dos habló.

Bud la besó y se despidió:

—Adiós, Charlene.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Bud?

—Muy pronto.

—Cuídate, te lo ruego.

—Lo haré —sonrió el periodista, y abandonó la salita.

Bajó rápidamente la escalera.

Estaba a punto de alcanzar el piso bajo, cuando llamaron a la puerta.

Bud dudó entre abrir o llamar a Charlene, para que fuera ella la que abriera.

La muchacha, que había oído el timbre, apareció en lo alto de la escalera.

—Están llamando, ¿no, Bud?

—Sí.

—Yo abriré —dijo Charlene, descendiendo la escalera.

Caminó hacia la puerta, seguida de Bud.

La joven abrió.

No conocía a los tres hombres que aguardaban fuera, pero, por su robusta complexión y las recientes señales de golpes que ofrecían sus caras, dedujo que se trataba de los individuos que habían secuestrado al profesor Pantelic.

Y no se equivocó.

Eran Viktor, Jarek y Grippo.

Ellos sabían dónde vivía Charlene Sutton, pues Petronila se lo había dicho a Lothar Oelsner cuando le habló de la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic.

Los matones habían estado minutos antes en la casa del científico, por si Bud Crockett continuaba allí, en el laboratorio, inconsciente. Al ver que el periodista se había largado, decidieron ir a la casa de la

muchacha que sirviera de modelo al profesor Pantelic para la creación de su fantástico robot, y que tan cerca se hallaba de la del científico.

Viktor, Jarek y Grippo no esperaban, desde luego, encontrar a Bud Crockett en la casa de Charlene Sutton. De ahí su sorpresa al ver que el periodista se hallaba detrás de la muchacha.

—¡Es el periodista, muchachos! —exclamó Viktor.

—¡A esto le llamo yo matar dos pájaros de un tiro! —dijo Jarek.

—¡No los mataremos, pero les cortaremos las alas! —ironizó Grippo.

—¡Atrás, Charlene! —gritó Bud, tirando de la muchacha, para que los matones no la golpearan.

Viktor, Jarek y Grippo entraron a un tiempo en la casa, con los puños por delante.

Bud Crockett atrapó velozmente una silla y la descargó sobre los tipos, derribando a Jarek y Grippo.

Viktor saltó como un tigre sobre el periodista y lo sujetó con sus hercúleos brazos, impidiéndole utilizar la silla de nuevo.

—¡Golpeadle ahora, muchachos! —rugió.

Jarek y Grippo, medio atontados por el terrible silletazo, empezaron a incorporarse, pero con mucha lentitud.

Bud intentó zafarse de Viktor, antes de que Jarek y Grippo estuvieran en pie, pero el matón lo tenía muy bien sujeto y no era fácil librarse de él.

Charlene Sutton decidió echar una mano al periodista.

Atrapó un jarrón y se lo estrelló a Viktor en toda la testa.

A la muchacha le dolió hacer añicos el jarrón, porque era de porcelana china.

Viktor puso cara de chino y se derrumbó, justo en el instante en que Jarek y Grippo recuperaban la vertical.

La perdieron muy pronto, porque Bud Crockett les arreó otro tremendo silletazo y ambos se vinieron nuevamente abajo.

Viktor, pese a haber puesto cara de chino y haberse desplomado como un fardo, no había llegado a perder totalmente el sentido, y se arrojó sobre las piernas del periodista.

—¡Cuidado, Bud! —chilló Charlene Sutton.

La advertencia llegó tarde y Bud Crockett perdió el equilibrio, cayendo al suelo.

—¡Ya eres mío, maldito! —relinchó Viktor, triturándole literalmente las piernas.

Bud lanzó un grito de dolor.

Trató de golpear en el rostro al matón, pero como se hallaba tendido de bruces en el suelo, no lo consiguió. Sus puños no llegaban a la cara de Viktor.

Charlene decidió entrar de nuevo en acción, y como no tenía más jarrones a mano, se arrojó sobre Viktor y empezó a tirarle del pelo con todas sus fuerzas.

El matón aulló como un coyote y soltó las piernas del periodista, para poder sujetar las manos de la muchacha e impedir que ésta le arrancara de cuajo el cuero cabelludo.

Bud se puso en pie, encontrando milagroso que Viktor no le hubiera quebrado las piernas con sus poderosos brazos.

Jarek y Grippo se habían incorporado también, recuperados del segundo silletazo, y atacaron al periodista, los dos a la vez.

Bud empezó a cambiar puñetazos con ellos.

Entretanto, Viktor había conseguido agarrar las manos de Charlene y ya se las estaba triturando.

La joven chilló y soltó el pelo del matón.

Viktor se giró y rodeó el cuello de Charlene con su brazo, después de obligar a la muchacha a quedar de espaldas a él.

—¡Ríndete, periodista! —rugió—. ¡Ríndete o le rompo el cuello a la chica!

Bud Crockett, al ver la angustiosa situación en que se encontraba Charlene Sutton, dejó de pelear, para que el bestia de Viktor no cumpliera su amenaza.

Jarek y Grippo pudieron entonces golpearle a gusto, y el periodista del *Cosmos Express* no tardó en perder el conocimiento.

# CAPÍTULO XI

Antes de salir en busca de Bud Crockett y Charlene Sutton, Viktor, Jarek y Grippo habían sacado al profesor Pantelic de los aposentos de Lothar Oelsner y lo habían encerrado en una habitación.

El científico pidió a Lothar que encerrasen con él a Christine, y así repararía la avería que mantenía inmovilizada a la muchacha-robot, pero el propietario del club *La Estela Luminosa*, que era a la vez un prostíbulo secreto, no accedió, alegando que prefería que, por el momento, Christine continuase averiada, porque así no causaría ningún tipo de problemas.

El profesor Pantelic insistió, garantizando que él se encargaría de que Christine no se mostrase agresiva, pero no sirvió de nada, y la muchacha-robot quedó en los aposentos de Lothar Oelsner, completamente desnuda, para deleite visual del cerdo de Lothar.

Deleite visual… y del otro, pues Lothar Oelsner no se conformó con mirar el bello cuerpo desnudo de Christine, y sus puercas manos empezaron a recorrerlo de nuevo, tocándolo y oprimiéndolo todo, lo que provocó en él una creciente y sucia excitación.

Lothar estuvo a punto de poseer nuevamente a la inmóvil Christine, pero finalmente logró reprimirse. La próxima vez que hiciese el amor, lo haría con el original, no con la copia.

Sí.

Christine le gustaba mucho, pero no podía olvidar que era un robot, una máquina con aspecto humano creada por el profesor Pantelic a imagen y semejanza de Charlene Sutton.

A ésta quería Lothar.

Charlene era una mujer de verdad, sin complicados mecanismos en su interior. Una mujer auténtica, con sangre en las venas, bombeada por un corazón joven y sin duda ardiente.

En cuanto la tuviese a su disposición, la haría suya y…

Lothar Oelsner interrumpió sus pensamientos al ver aparecer a Yurika, su chica favorita.

—¿Quién diablos te ha llamado? —gruñó, retirando sus manos del cuerpo desnudo de Christine.

La belleza oriental no lo miró a él, sino a la muchacha-robot, y en sus rasgados y preciosos ojos hubo un destello de admiración por la perfección de formas de Christine.

—¿Quién es? —preguntó quedamente.

—¿Y a ti qué te importa?

—Es una muchacha muy hermosa.

—Ya lo sé.

—Yo también soy hermosa, Lothar.

—Sí, tú también lo eres. Anda, lárgate ya. Y no vuelvas hasta que yo no te llame, ¿entendido?

La japonesa no se movió.

Lothar masculló una imprecación.

—¿Te has vuelto sorda, Yurika?

—No.

—Entonces, obedece.

—Quiero preguntarte algo, Lothar.

—Luego, Yurika. Ahora estoy ocupado.

—¿Te gusta más ella? —la japonesa miró a Christine.

—He dicho que estoy ocupado, Yurika.

—¿Va a ser tu chica favorita, Lothar?

—No lo sé.

—¿Te has cansado ya de mí?

—No, pero me voy a cansar si no te largas ahora mismo.

Yurika, desoyendo las palabras de Lothar Oelsner, se acercó a él, se despojó de la túnica de gasa transparente, se tendió sobre los almohadones de la manera más voluptuosa que sabía.

—Hagamos el amor, Lothar. Te demostraré que con ninguna otra mujer podrás gozar tanto como conmigo. Ni siquiera con ésa —miró un instante a la muchacha-robot.

Lothar Oelsner estuvo tentado de lanzarse sobre el cuerpo desnudo de la japonesa, pero en el último instante cambió de idea y le lanzó una patada.

Yurika, alcanzada en el bajo vientre, dio un grito de dolor y se

encogió.

El animal de Lothar le soltó otro patadón, golpeándola ahora en pleno trasero.

La japonesa gritó de nuevo y quedó un poco lejos de Lothar, pero no lo suficiente como para librarse de una tercera patada, ésta en el pecho.

Yurika aulló de dolor y suplicó:

—¡Basta, Lothar! ¡No me pegues más!

Lothar Oelsner cogió la túnica de la japonesa y se la arrojó a la cara.

—¡Fuera de mi vista, perra! ¡No quiero volver a verte! —bramó como una bestia.

Como lo que era.

Yurika se aterró, pues sabía lo que las palabras de Lothar significaban.

—No, Lothar, eso no… —imploró, los ojos llenos de lágrimas.

—¡Me he hartado de ti, maldita! ¡Hoy mismo serás trasladada al prostíbulo!

—¡No…!

—¡Tú te lo has buscado!

—¡Perdóname, Lothar! ¡Deja que siga siendo tu chica favorita!

—¡No!

—¡No volveré a desobedecerte, te lo juro! ¡Seré tu esclava!

—¡Ya lo eres!

—¡Por favor, Lothar!

—¡Trabajarás en el prostíbulo, ya lo has oído!

—¡Prefiero la muerte!

—¡Pero yo no quiero matarte! ¡Un cuerpo como el tuyo me proporcionará buenos beneficios hasta que…! ¡No tengo por qué darte explicaciones, maldita sea! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí en seguida!

Como Lothar Oelsner hizo ademán de propinarle un nuevo patadón, Yurika se levantó rápidamente y, sin ponerse la transparente túnica, aunque la tenía en las manos, retrocedió hacia el cortinaje que disimulaba la puerta que comunicaba con el dormitorio de Lothar.

Antes de desaparecer, la japonesa miró a Christine y murmuró:

—Ella será mi sustituta, ¿verdad?

—¡Sí! —confirmó Lothar, aunque él pensaba en Charlene Sutton, no en la muchacha-robot.

Su chica favorita no podía ser una máquina, por muy perfecta que fuera. Tenía que ser una mujer de verdad, tanto por fuera como por

dentro.

Charlene Sutton ocuparía el lugar de Yurika.

Estaba decidido.

La japonesa, al escuchar la respuesta de Lothar Oelsner, comentó en voz baja:

—La compadezco.

Lothar la miró fieramente.

—¿Cómo has dicho…?

—Nada, no he dicho nada, Lothar.

El cerdo humano atrapó uno de los almohadones y se lo arrojó a la cabeza.

—¡Esfúmate, vulgar ramera! ¡Furcia barata! ¡El prostíbulo es el lugar ideal para ti!

Yurika se marchó rápidamente, pero ni mucho menos resignada a ir a trabajar en el prostíbulo secreto de Lothar Oelsner.

Ya sabía lo que tenía que hacer, para evitarlo.

Y lo haría.

# CAPÍTULO XII

Un rato después, se encendía la luz roja de la puerta y se dejaba oír el zumbido intermitente.

Lothar Oelsner dio un respingo de alegría, pues adivinaba que Viktor, Jarek y Grippo estaban de vuelta con Charlene Sutton y Bud Crockett.

Cogió su mando de control remoto y lo accionó nerviosamente, ansioso por tener ante sus ojos a la hermosa muchacha que sirviera de modelo al profesor Pantelic para crear su maravilloso robot.

La puerta se abrió y los tres matones penetraron en la habitación, empujando a Bud Crockett y a Charlene Sutton.

Tanto el periodista del *Cosmos Express* como la muchacha tenían las manos atadas a la espalda.

Charlene dio un grito al verse tendida en el suelo, completamente desnuda.

No era ella, claro, sino Christine.

Pero la muchacha-robot era tan exacta en todo a ella, que Charlene creyó por un instante que se veía a sí misma.

Bud Crockett también miró a Christine, pero muy brevemente.

Sus ojos prefirieron clavarse en la porcina figura de Lothar Oelsner.

Y se clavaron duramente, pues el periodista adivinaba que tenía ante sí al responsable de todo.

Lothar, por su parte, no prestaba la menor atención a Bud Crockett.

Sólo tenía ojos para Charlene Sutton.

El original, como él la llamaba…

La completa desnudez de Christine, y la forma tan sucia con que Lothar miraba a Charlene, dieron una idea bastante aproximada a Bud de la clase de individuo que era aquel cerdo con quimono, y de lo que

podían esperar de él.

Viktor sonrió y dijo:

—Aquí tiene al periodista y a la muchacha, jefe. No fue fácil atraparlos, pero lo conseguimos.

Lothar también sonrió.

—Os felicito, muchachos.

—¿Dónde está el profesor Pantelic? —preguntó Bud Crockett.

Lothar lo miró.

—En mi poder, Crockett. Como vosotros.

—¿Qué es lo que quiere de él?

—El profesor Pantelic te lo explicará, cuando mis hombres te encierren con él.

Bud desvió la mirada hacia Christine.

—¿Por qué está desnuda?

—Quería saber si su cuerpo era tan perfecto como me habían dicho.

—¿Sólo eso? —los ojos del periodista se clavaron nuevamente en la antiestética figura de Lothar Oelsner.

Esté rio.

—Bueno, confieso que no me limité a mirar. Tenía que tactar, para asegurarme de que…

—Es usted un puerco.

—¡Viktor! —rugió Lothar.

Fue una orden, que el matón se apresuró a cumplir, propinando un duro golpe en el cuello al periodista.

—¡Bud…! —gritó Charlene Sutton, al ver que el joven se derrumbaba, emitiendo un gemido.

Crockett quedó en el suelo, medio aturdido.

Viktor preguntó:

—¿Le atizo de nuevo, jefe?

—No, a menos que vuelva a insultarme —respondió Lothar, mirando con dureza al periodista.

Bud lo miró a su vez, los ojos brillantes de furia, a duras penas contenida, los dientes apretados. Sentía deseos de decir muchas cosas, pero se contuvo, para evitar nuevos golpes.

Tirado en el suelo, y con las manos fuertemente atadas a la espalda, poco podía hacer para defenderse de los matones de Lothar Oelsner.

Este indicó:

—Ponedlo en pie, muchachos.

Jarek y Grippo agarraron al periodista y lo irguieron sin ningún miramiento.

Lothar volvió a fijarse en Charlene Sutton.

—Así que tú serviste de modelo al profesor Pantelic para la creación de su robot, ¿eh, preciosa?

Charlene no respondió.

—Aparentemente sois iguales —siguió diciendo Lothar—. No obstante, quiero asegurarme. Viktor…

—¿Sí, jefe?

—Quítale la túnica.

—A la orden.

—¡No! —chilló Charlene, retrocediendo, porque Viktor ya buscaba con sus manazas el cierre de la túnica.

—¡Déjala en paz, bastardo! —rugió Bud, y le soltó una patada al matón, en todo el trasero.

Viktor lanzó un aullido y se precipitó de bruces contra el suelo.

—¡Atizadle! —ladró Lothar.

Jarek se dispuso a hundir sus puños en el estómago del periodista, pero éste le golpeó con la cabeza, en plena cara, y le convirtió los huesos propios de la nariz en gelatina.

El alarido del matón hizo temblar las paredes de la exótica habitación, y, ahogado de dolor, sangrando como un cerdo medio degollado, Jarek se derrumbó.

En el suelo siguió retorciéndose, las manos sobre la ensangrentada cara, apretándose el machacado tabique nasal.

Grippo sí consiguió golpear a Bud Crockett con su puño, clavándoselo en el costado.

El periodista se dobló, dando un rugido.

Grippo intentó golpearle ahora en la nuca, pero Bud le embistió como un toro con banderillas de fuego, triturándole las tripas con la cabeza.

El matón bramó como un buey y se vino abajo, arrollado por la furiosa embestida del periodista.

Bud Crockett también cayó al suelo.

Eso le vino muy bien a Viktor, que ya se había puesto en pie y se masajeaba las doloridas posaderas.

Disparó su pierna derecha, buscando la cara del periodista.

—¡Cuidado, Bud…! —advirtió Charlene Sutton.

Crockett hizo girar su cuerpo y el pie de Viktor sólo golpeó el vacío. Ello hizo perder el equilibrio al matón, que cayó al suelo.

Lothar Oelsner se mordía los puños con rabia.

—¡Hatajo de inútiles…! ¿Es que no vais a poder entre los tres con un hombre solo, y con las manos atadas a la espalda, además…?

Viktor, Jarek y Grippo se levantaron, terriblemente furiosos.

Bud Crockett también se había puesto en pie.

Charlene Sutton lanzó un grito de angustia al ver que los tres matones atacaban a un tiempo al periodista.

Bud se defendió como una fiera, utilizando los pies, las rodillas, la cabeza y hasta los dientes, pero, como ya era de esperar, no pudo con los hombres de Lothar, quienes le hicieron perder el conocimiento a golpes.

Charlene intentó ayudar al periodista, dando una patada en el pómulo a Jarek, pero éste le propinó un violento revés y la tiró al suelo.

Cuando la muchacha estuvo nuevamente en pie, Bud Crockett ya había sido reducido por los matones.

—¡Encerradlo con el profesor Pantelic! —ordenó Lothar Oelsner.

—¿Ya no quiere que le quite la túnica a la muchacha, jefe? —preguntó Viktor.

Lothar miró a Charlene Sutton y sonrió lujuriosamente.

—Se la quitaré yo personalmente, Viktor.

—Como quiera, jefe.

Viktor, Jarek y Grippo cargaron con el periodista del Cosmos Express y abandonaron la estancia, dejando a Charlene Sutton a merced del canalla de Lothar Oelsner.

# CAPÍTULO XIII

Lothar Oelsner accionó su mando de control remoto y la puerta se cerró.

Charlene Sutton, pálida, porque adivinaba las sucias intenciones del hombre-cerdo, se preparó para ponerle las cosas difíciles.

No se dejaría violar sin oponer una tenaz resistencia, y si encontraba la manera de lastimar seriamente al puerco de Lothar, lo haría sin dudar.

Lothar Oelsner la devoró con la mirada y ordenó:

—Ven, preciosa.

—Venga usted por mí, saco de grasa.

El insulto de Charlene sentó muy mal a Lothar.

—Conque saco de grasa, ¿eh? —masculló roncamente.

—Es usted el hombre más repulsivo que he visto en mi vida. Tanto, que no parece un hombre, sino un animal grueso y deforme. Como se atreva a ponerme sus puercas manos encima, se arrepentirá toda su vida, se lo juro.

Lothar Oelsner se puso en pie, rojo de cólera.

—Te demostraré que soy un hombre. Y ya puedes suponer cómo, rubia.

—Eso será si yo le dejo, so cerdo.

—No podrás impedirlo. Tienes las manos atadas a la espalda.

—Pero las piernas sueltas, y como consiga colocarle una entre esos muslos de elefante, se va usted a divertir.

—No lo lograrás, guapa.

—Acérquese y veremos.

Lothar avanzó lentamente hacia Charlene, con muchas precauciones.

La muchacha no se movió.

Resultaba sorprendente, dadas las circunstancias, pero Charlene parecía muy segura de sí misma.

No lo estaba en absoluto.

Era sólo una táctica para poner nervioso al hombre que pretendía violarla.

Y lo consiguió, porque Lothar Oelsner no esperaba que Charlene Sutton le plantara cara de aquella manera.

Sin embargo, eso no le hizo cambiar de idea.

Quería poseer a la hermosa muchacha y la poseería, por muy bravamente que ella se defendiera.

Lothar estaba ya muy cerca de Charlene.

De pronto, saltó sobre ella.

Charlene también saltó, pero hacia su derecha, y Lothar no consiguió atraparla.

—Escurridiza como una anguila, ¿eh? —masculló Lothar, rabioso por su fallo.

—Y peligrosa como una serpiente de cascabel —advirtió Charlene, que seguía fingiendo un gran aplomo.

Lothar saltó de nuevo sobre ella.

Bueno, en realidad, sólo fue un amago de salto, para engañar a Charlene.

La muchacha se desplazó hacia su izquierda, esta vez, para burlar el ataque de Lothar. Pero el ataque se produjo entonces, cuando ella ya había saltado, y no le dio tiempo a saltar de nuevo.

Lothar cayó sobre la joven y la derribó.

—¡Ya te tengo, gatita! —exclamó jubiloso.

Charlene intentó quitárselo de encima, agitando su cuerpo, pero ciento treinta kilos eran muchos kilos, y todos sus esfuerzos resultaron estériles.

—¡Suélteme, sapo gigante! —rugió.

—¡Vas a ser mía, pantera rubia!

Charlene le soltó un salivazo en toda la cara, pero eso sólo sirvió para enfurecer aún más a Lothar, que empezó a besarla y a morderla como un auténtico salvaje, mientras sus manos la despojaban de la túnica.

Pero Charlene también tenía dientes.

Y muy sanos.

El orejón izquierdo de Lothar pudo comprobarlo, pues allí se

clavaron con saña, haciendo brotar inmediatamente la sangre.

Lothar Oelsner lanzó un aullido y acto seguido golpeó a la brava muchacha que deseaba violar.

Charlene no tuvo más remedio que soltar la orejota de Lothar y también ella gritó de dolor.

Lothar la abofeteó con rabia, hasta hacerle perder casi el sentido.

La muchacha quedó sin fuerzas para seguir defendiéndose.

Ni siquiera podía levantar los párpados.

Le pesaban como losas.

Vencida ya la feroz resistencia de Charlene Sutton, Lothar Oelsner se dispuso a poseerla furiosamente.

* * *

Bud Crockett sintió que le palmeaban las mejillas y abrió los ojos.

—Profesor Pantelic… —murmuró.

El científico le sonrió ligeramente.

—¿Cómo se siente, Crockett?

—En mi vida había recibido tantos golpes como hoy, pero no es menos cierto que yo tampoco había repartido tantos —respondió el periodista, componiendo una mueca de dolor.

Irguió el torso y quedó sentando en el suelo de la habitación en la que el profesor Pantelic y él se hallaban encerrados.

De pronto, dio un respingo y exclamó:

—¡Charlene!

Zoran Pantelic puso cara de sorpresa.

—¿Conoce usted a Charlene Sutton, Crockett…?

El periodista, en pocas palabras, contó al científico su casual encuentro con la muchacha, y cómo los matones de Lothar Oelsner los habían atrapado a los dos en casa de ella.

También le contó la angustiosa situación en que había dejado a Charlene, totalmente a merced del cerdo de Lothar.

—Ese miserable abusó ya de Christine —masculló Zoran Pantelic—. Y seguramente hará lo mismo con Charlene.

—¡Tenemos que impedirlo, profesor! —gritó Bud, poniéndose en pie.

Ya no tenía las manos atadas a la espalda.

El científico le había soltado.

Bud se lanzó contra la puerta, pero no pudo abrirla.

—Es inútil, Crockett. No podemos escapar de esta habitación —dijo el profesor Pantelic, acercándose al periodista.

—¡Es preciso que salgamos de aquí, profesor! ¡Charlene nos necesita, está indefensa! ¡Ese puerco de Lothar la violará!

El científico dejó escapar un suspiro.

—No sé si hice bien pidiéndole a Lothar Oelsner que lo atraparan con vida, Crockett.

Bud dejó de aporrear la puerta.

—¿Que usted le pidió a Lothar Oelsner qué…? —murmuró, incrédulo.

El profesor Pantelic asintió con la cabeza.

—Lothar quería que sus hombres le eliminaran, Crockett, para que no pudiera hablar de mí ni de Christine. Y yo…

Brevemente, el científico informó al periodista de los planes de Lothar Oelsner tenía: sustituir a las mujeres de su prostíbulo secreto por robots idénticos a ellas, para que éstos realizasen su «trabajo».

Después, añadió:

—Yo me negué rotundamente, pese a que Lothar Oelsner me amenazó con horribles torturas e incluso con la muerte. Luego, se me ocurrió fingir que accedía a sus deseos, para salvarle a usted la vida, Crockett. Le dije que lo necesitaba como ayudante, y él estuvo de acuerdo. Pensé que, con su ayuda y la de Christine, una vez reparada la avería que la mantiene inmóvil, tendría alguna posibilidad de escapar de las garras de Lothar y avisar a la policía.

Bud oprimió el hombro del científico.

—Hizo usted bien, profesor Pantelic. Le debo la vida y procuraré pagarle el favor sacándole de aquí. Y también a Christine. Y a Charlene. Pero, para ello, es necesario que esta maldita puerta…

En el preciso instante en que el periodista decía eso, la puerta se abrió y Viktor, Jarek y Grippo se dejaron ver, armados con pistolas de balas explosivas.

—¿Quién está aporreando la puerta con tanta furia? —masculló Viktor.

—¡Yo! —respondió Bud Crockett, y se lanzó sobre ellos, arrollándolos a los tres.

Viktor perdió su arma.

Bud se hizo con ella velozmente y apuntó a los matones.

—¡Quietos!

Jarek y Grippo hicieron ademán de disparar sus pistolas, desde el suelo, pero el periodista accionó el gatillo primero.

A tan corta distancia, era muy difícil fallar, y Bud no falló.

Jarek y Grippo, alcanzados ambos en el pecho, pasaron a mejor vida instantáneamente, porqué los efectos de las balas explosivas fueron terribles.

Bud desvió su arma hacia Viktor.

Este, pálido como un muerto y tembloroso como un flan, levantó las manos rápidamente y suplicó:

—¡No dispares, Crockett!

El periodista se puso en pie y, si dejar de apuntar al matón, ordenó:

—¡Arriba, hijo de perra!

Viktor obedeció.

—¡Camina! ¡Hacia los aposentos del cerdo de Lothar! —indicó Bud —. ¡Y de prisa!

Viktor no se hizo repetir la orden.

Bud Crockett y el profesor Pantelic trotaron tras el matón.

* * *

Entusiasmado con el sucio acto que iba a cometer, Lothar Oelsner no se dio cuenta de que Yurika aparecía silenciosamente por detrás del cortinaje que disimulaba la puerta que comunicaba con su dormitorio.

La japonesa esgrimía un cuchillo, de larga y destellante hoja.

Se acercó a Lothar.

Sigilosamente.

Cuando lo tuvo a su alcance, levantó un poco más el cuchillo y lo dejó caer sobre la espalda de Lothar, con todas sus fuerzas.

El cuchillo se hundió hasta la empuñadura en las carnes de Lothar Oelsner, de cuya garganta escapó un ronco estertor, al tiempo que su porcino cuerpo se tensaba.

Segundos después, se desplomaba sobre el cuerpo prácticamente desnudo de Charlene Sutton, ya que la muchacha sólo conservaba el brevísimo pantaloncito brillante.

Yurika se agachó y apartó el cuerpo sin vida de Lothar Oelsner, que quedó boca arriba, los ojos abiertos, con una horrible expresión en ellos.

Charlene, que ya se estaba recuperando de la serie de bofetadas que le propinara el salvaje de Lothar, miró a la bella japonesa.

—¿Quién eres? —le preguntó, débilmente.

—Me llamo Yurika.

—Gracias, Yurika. Has impedido que el canalla de Lothar me violara.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó la japonesa.

—Charlene.

—¿Y ella…? —Yurika señaló a la muchacha-robot creada por el profesor Pantelic.

—Christine.

—Hermanas gemelas, ¿no? —dijo la japonesa.

—Casi —respondió Charlene, riendo.

En aquel momento se abrió la puerta y Bud Crockett y el profesor Pantelic irrumpieron en la habitación, llevando por delante a Viktor, quien aún se aterró más al ver muerto a Lothar Oelsner.

—¡Bud…! ¡Profesor! —exclamó Charlene Sutton.

El periodista, sin dejar de vigilar a Viktor, corrió hacia la muchacha y le desató las manos, mientras preguntaba:

—¿Estás bien, Charlene?

—¡Sí! ¿Y tú…?

—También.

—¡Gracias a Dios! —la muchacha se abrazó a él.

Viktor se aprovechó de ello para echar a correr.

—¡Cuidado, Crockett! —gritó el profesor Pantelic—. ¡El tipo se esca…!

Bud Crockett disparó antes de que el científico acabara la frase.

La bala explotó en la espalda de Viktor, quien lanzó un alarido ensordecedor y cayó de bruces, tan muerto como Lothar Oelsner, Jarek y Grippo.

# EPÍLOGO

Desde los mismos aposentos de Lothar Oelsner, Bud Crockett avisó a la policía, rogándoles que acudieran inmediatamente.

Cuando el comisario de Betta-XII acudió, acompañado de varios agentes, el profesor Pantelic ya había reparado la avería que Jarek causara a Christine en el laboratorio del científico.

Para ello, lógicamente, tuvo que descubrir el complejo mecanismo que la muchacha-robot llevaba en su interior.

La impresión fue demasiado fuerte para Yurika, y la bella japonesa se desmayó.

Y poco faltó para que Charlene Sutton se desmayara también.

Escoltados por algunos de los agentes, abandonaron todos la casa.

El profesor Pantelic, Christine, Bud Crockett y Charlene Sutton fueron a casa del científico, y una vez allí, éste dio al periodista del *Cosmos Express* todos los detalles relacionados con la creación de la muchacha-robot, para que Bud pudiera publicarlo en su periódico.

Bud Crockett dio las gracias al profesor Pantelic y él y Charlene Sutton abandonaron la casa.

El periodista tenía prisa.

Y mucho trabajo por delante.

Y un aumento de sueldo a la vista.

Ya en la calle, Bud tomó por la cintura a Charlene y dijo:

—Tan pronto como termine mi trabajo, vendré a verte.

—¿Sólo a verme? —sonrió ella, maliciosa.

—Y a que me des masajes.

—¿Me los darás tú también a mí?

—Si aún me quedan fuerzas…

—Te apuesto lo que quieras a que sí.

—Ganarías la apuesta —aseguró Bud, y la besó en los labios con vehemencia.

Charlene le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso con muchas ganas, también.

Cuando separaron sus bocas, Bud confesó:

—Te quiero, Charlene.

—Y yo a ti, Bud —respondió ella, radiante felicidad.

—Deberíamos casarnos, ¿no crees?

—Sería lo mejor, sí.

Un instante después, sus bocas volvían a unirse, en otro largo y apasionado beso.

**F I N**